

HABITAT BURGALÉS: POZA DE LA SAL

Hay un proverbio alemán que dice: «Tu casa puede sustituir al mundo, el mundo jamás sustituirá a tu casa». La validez de este proverbio se basa en el hecho de que la casa, la vivienda, es, para sus habitantes, un mundo en pequeño, un microcosmos, en el que el hombre desarrolla o puede desarrollar gran parte de su vida. En ella logra la acogida, el cobijo, el calor que no puede lograr en ningún otro lugar, aunque también esa casa lo condicione en algunas ocasiones negativamente.

Ha sido el hombre el que ha hecho las casas, pero las casas han hecho también al hombre. Y a través de la casa es como la madre tierra moldea en una medida nada despreciable a sus hijos los hombres. Y esto porque la casa es quizás uno de los elementos que, siendo obra del hombre sobre la tierra, más claramente viene a enseñarnos cómo es esa tierra donde vive. Desde un punto de vista geográfico y desde otros puntos de vista también. Pero ahora nos interesa el geográfico.

La geografía es un camino para conocer al hombre o hacer que éste se conozca. Es una disciplina humanista (1), aunque se encuentre con dificultades en este aspecto. Alguien ha dicho que «la casa viene a ser la síntesis más tangible y más interesante de los diversos fenómenos geográficos» (2). Por ello el estudio del hábitat es una concreción estupenda del análisis del hecho geográfico en orden a una visión antropológica del mismo.

He oído decir que Ortega y Gasset visitaba Poza de la Sal siempre que podía. Y es que Poza tiene un duende al que es difícil sustraerse. Nuestro filósofo iba seguramente tras los hombres. No hacía geografía. Pero si es verdad, como dijo el mismo Ortega, que el hombre es él y sus circunstancias, hay que advertir que una parte relativamente considerable de esas

(1) Cf. M. SORRE, *El hombre en la tierra*, Barcelona 1967, XV; P. CLAVAL, *Evolución de la geografía humana*, Barcelona 1974.

(2) J. VILA VALENTI, *Formentera. Estudio de Geografía humana*: «Estudios Geográficos», 11 (1950), 434.

circunstancia son de tipo geográfico. Nosotros, buscando geografía, hemos sentido también el reclamo de Poza. No sabemos si ha sido la llamada de la tierra, el conjuro misterioso de sus calles o el talante de sus gentes. Es igual. Acaso todo en conjunto.

I. — EMPLAZAMIENTO GEOGRAFICO DE POZA DE LA SAL

a) *Aspecto geomorfológico*

Veamos en primer lugar algunos detalles geomorfológicos de la zona donde se emplaza nuestro pueblo. Nos encontramos en los límites del ángulo noreste de la Meseta Castellana, en el arranque de la paramera donde la Meseta nace en el norte de Burgos, asomados al balcón de La Bureba.

Los bordes de la Meseta en su parte norte se presentan plegados y fracturados por movimientos orogénicos alpinos que chocaron con el viejo zócalo paleozoico removiéndolo y levantándolo. Para alcanzar el aspecto que hoy presenta la zona norte de la provincia de Burgos ha sido indispensable la labor continua de largos períodos de tiempo de incesante transformación.

Remontándonos a la Era Arcaica, hay que decir que no se encuentra ningún terreno de esta remotísima época en la provincia, si bien al final de esta era ya parece estaba formado un islote o levantamiento que emergía. Este islote será, con el paso del tiempo, el fundamento donde se asiente la Meseta. La existencia de estos niveles arcaicos es muy problemática y hay que llegar a períodos posteriores para tener terrenos bien datados por sus fósiles.

En la Era Primaria y de cada uno de sus períodos, si nos ceñimos a la zona concreta de nuestro estudio, sólo del Silúrico y del Carbonífero aparecen niveles y terrenos bien definidos. Hay distintas opiniones sobre el Cámbrico y sobre si hubo algún afloramiento de este período en dicha zona. En la Meseta sólo se ha reconocido el Cámbrico por sus fósiles y, aunque se han realizado estudios, estos terrenos son defectuosamente conocidos. En la zona cantábrica y cordillera Ibérica es donde más se han volcado tales estudios. Schriell, en la Sierra de la Demanda, ha reconocido un nivel detrítico de la base con un espesor de 500 a 1.000 metros pero sin fósiles (3). En estos niveles se encuentran materiales margosos y pueden mencionarse pizarras azules y verdosas y algunas intercalaciones de areniscas y cuarcitas de no mucha importancia. Los sedimentos silúricos pre-

(3) Cf. M. DE TERÁN, *Geografía de España y Portugal*, I, Barcelona 1952, p. 48.

sentan una extensa mancha al este de la provincia de Burgos, centrándose predominantemente en el macizo de La Demanda y altas cuencas del Arlanzón. Son materiales groseros: conglomerados y areniscas. Del Carbonífero quedan al oeste de La Demanda unas manchas o afloraciones con niveles de pizarras, calcáreas y areniscas. Se da en este período el gran levantamiento herciniano determinando un cambio profundo en el orden geográfico y modificando la estructura de los materiales depositados anteriormente en los mares cámbricos, silúricos y devónicos. Este gran movimiento afecta de un modo general a la zona en que se enmarca nuestro pueblo.

En la Era Secundaria los materiales triásicos aparecen ligados a los bordes del macizo asturiano, quedando limitados al este con los asomos diapíricos de Poza de la Sal (4). El Triás Medio queda reducido a pequeños afloramientos de calizas negras y dolomías fundamentalmente, sobre las que se apoya el keuper. Este presenta su facies habitual de margas y arcillas vivamente coloreadas, haciéndose presente en la zona de Poza el yeso y la ofita. Las masas y manantiales de sal situadas en las laderas circundantes a Poza datan de este período. El yacimiento jurásico de nuestro pueblo se halla en un anticlinal de núcleo formado por el keuper. Se trata de un típico plegamiento diapírico o inyectivo con emersión de sal y que muestra en parte los flancos verticales. El keuper queda rodeado por el Jurásico, Wealdense y Cretácico, este último sobre todo en un nivel urgoniano (5). Del Cretáceo también, en los Montes Obarenes, próximos a nuestra zona, el Albense presenta características típicas de facies ibérica, con composición principal de areniscas blancoamarillentas no cementadas, micáceas, que contienen vetas arcillosas y carbonosas y pirita de hierro.

En la Era Terciaria y en el Mioceno hay arcillas y margas rojas con areniscas y calizas arcillosas blancas. Pero en la zona de Poza de la Sal desaparecen las facies blancas con caliza y abundan las areniscas.

Ya en el Cuaternario las épocas diluviales han dejado en la zona formaciones de escasa extensión con algunos terrenos constituidos por cantos rodados.

b) *Situación*

Poza de la Sal se encuentra a mitad de camino entre Sedano y Brieviesca a 44 kilómetros al norte de Burgos. Una roca escarpada sirve de

(4) Sobre el diapiro de Poza, cf. P. M. HEMPEL, *Der Diapir von Poza de la Sal (Nord-Spanien)*: «Beihefte zum Geologischen Jahrbuch» 66 (1967), 95-126.

(5) Cf. W. SCHRIEL, *La Sierra de la Demanda y los Montes Obarenes* (trad. del alemán por L. GARCÍA SAINZ y J. G. DE LLARENA), Madrid 1945, p. 63-64. (Describe las distintas zonas del liás y dogger).

asiento a un castillo que domina la entrada del páramo a La Bureba en su parte noroeste. Al pie de este castillo, erigido en el s. IX para afianzar los avances de la reconquista nacional, se extiende una pendiente ladera sobre la que se asienta nuestro pueblo. La altitud de Poza es de 750 metros, si bien encontramos muy cerca el vértice geodésico de primer orden de Altotero con una altitud de 1.175,36 metros, con latitud de 42° 40' 34,91" y longitud E de 0° 9' 15,08".

Al noroeste de Poza, entre el pueblo como tal y el barrio de Los Corralillos, se abre una torrentera que recoge las aguas derivadas de la lluvia o de los residuos de los pozos salineros, que proceden de un enorme circo que es como una puerta del páramo al llano de La Bureba (6). En el centro de este gran circo se encuentra el pico de El Castellar formado por ofitas, bordeado por una calzada romana. Los bordes de este circo quedan a la misma altura del páramo y del pico central El Castellar, en los cuales bordes sobresalen ligeramente las lomas de El Milagro, Val de Elez y Val de Que. Por la proximidad este de nuestro pueblo pasa el río Omino que, habiendo nacido en Hontomín (Fuente del Omino), después de recoger las aguas de estos lugares, desemboca en el río Oca, para finalmente verter sus aguas al Ebro.

c) *El clima*

La intensidad y duración de los inviernos constituye el rasgo climático más sobresaliente. Es una idea muy generalizada que las tierras del norte de Burgos son las más frías de la Península. Esta apreciación es exagerada, pero se ha mantenido quizás, más que por las bajas temperaturas, por la persistencia de fríos prolongados que muchos años han hecho desaparecer la primavera, ya que temperaturas inferiores a cero grados se registraron desde septiembre a mayo. Las heladas mantenidas hasta plena primavera suelen ser corrientes, ocasionando daños considerables en todos los cultivos, especialmente en los árboles frutales. Las temperaturas medias del mes de enero suelen ser inferiores a cuatro grados. Las mínimas medias están por lo general por debajo de -10° y las mínimas absolutas han llegado a -14° .

(6) «El Diapiro de Poza presenta la disposición de un gran circo o depresión circular, de tal modo que el contacto con la cuenca es a través de un simple portillo por donde desagua. La masa predominante de terrenos en la depresión la dan las margas de keuper, pero aparecen también las calizas jurásicas y los pisos del Cretáceo. Sobre el keuper y en el centro del circo asoma un potente pitón erguido de ofitas». Así describe el circo indicado en el texto J. ORTEGA VALCÁRCEL, *La Bureba. Estudio Geográfico*, Valladolid 1966, p. 26.

Ni que decir tiene que no todos los inviernos presentan la misma crudeza. Las gentes de estos lugares recuerdan como algo fuera de lo corriente los 21° bajo cero que ha llegado a marcar el termómetro en alguna ocasión y los tremendos hielos que han aprisionado las aguas de los ríos. La primavera y el otoño son fugaces, aunque haya en estas estaciones algunos días espléndidos particularmente en el otoño. Con las primeras lluvias de septiembre las temperaturas comienzan a descender después de un verano fresco, muy seco y de breve duración, que alcanza las máximas temperaturas en julio y agosto, nunca muy elevadas. Sin embargo, algunos días el termómetro ha llegado en estos últimos años a marcar hasta 37°, pero ha de considerarse como algo excepcional.

El viento es algo que en Burgos, de un modo particular en el norte, hace especialmente desagradable el clima. Por cierto que en cuanto a esto Poza tiene una ventaja por lo abrigadas y recogidas que se encuentran sus casas recostadas en la ladera que las resguarda precisamente del norte, el cierzo, como se le llama al viento de esa dirección, el más temido por aquí. Pero arriba en el páramo se cobra con creces la compensación. Al viento procedente del suroeste, lluvioso y templado, lo llaman «ábrego» y sopla con cierta persistencia. El llamado «solano» procede del sureste y se deja sentir contados días al año. Suele ser cálido y seco y es temido por los efectos que produce en las plantas, secándolas antes de tiempo.

Las lluvias presentan una cuantía de precipitación oscilante entre los 478 y 500 mm., repartida principalmente en dos épocas del año: en primavera (marzo-junio) y en otoño (octubre-diciembre). Estas dos épocas de mayor cantidad de lluvia presentan, entre ellas, otras dos de mínimas cantidades, correspondientes al invierno (enero-febrero) y al verano (julio-agosto). Los índices pluviométricos bajos y estas dos estaciones de sequía hacen que en el páramo de Poza aumente el aspecto de aridez que ya de suyo tiene el suelo.

II. — PINCELADAS HISTÓRICAS (7)

De Poza de la Sal dice Dionisio Ridruejo que es un «lugar de extraordinario interés para los aficionados a las antigüedades misteriosas, esto es, anteriores a toda fácil documentación» (8). Efectivamente. Sin embargo, de Poza encontramos documentación, siquiera sea escasa, desde tiempos re-

(7) No pretendemos hacer la historia de Poza sino simplemente, como dice el título del apartado, dar unas pinceladas desde este ángulo.

(8) D. RIDRUEJO, *Castilla la Vieja*, I, Barcelona 1973, p. 487.

mentos. Se han encontrado yacimientos de importancia desde la cultura celtibérica. La existencia de un poblamiento romano sobre La Bureba no se basa ya en hipótesis dudosas o sospechas verosímiles. Aparte de las noticias de los autores clásicos, existen varios puntos cuyos restos romanos más o menos amplios los señalan como emplazamiento del hábitat en esa época. Ahora bien, este emplazamiento no parece haber sostenido sino algunas villas rústicas dispersas a excepción de Briviesca y Poza, en ambos casos en lugar distinto del actual. Briviesca es la Birovesca de los romanos. Para la ciudad a localizar en Poza o, mejor dicho, junto a Poza se barajan dos nombres: Salionca y Flavia Augusta (9).

Salionca se ha querido identificar con Solduengo, acaso más por la similitud del nombre que por razones realmente convincentes. No falta tampoco quien la quiere localizar en Salinas de Añana a unos kilómetros al noreste de Poza, quizás influidos también por lo fonético (10). Sánchez Albornoz defiende su localización en Poza de la Sal (11). Esto pensando en que Salionca responda al nombre de una ciudad romana, pero no falta quien la considere cántabra (12) o autrigona. Pudo, además, una misma ciudad tener primero este nombre y luego el de Flavia Augusta. No faltan ejemplos similares.

Fita sitúa en Poza la ciudad romana de Flavia Augusta (13). Y es este nombre el que hoy se baraja como precedente romano de Poza de la Sal (14). Lo que hemos insinuado sobre el posible cambio de nombre explicaría el hecho de que Plinio silencie Flavia Augusta mencionando Salionca, ya que

(9) El nombre de Salionca lo menciona Plinio. Cf. T. GARCÍA RÁMILA, *Un glorioso rincón de Castilla la Vieja*, Burgos 1962, p. 25. Erróneamente indica que Plinio menciona también Flavia Augusta.

(10) Cf. CORTÉS, *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*, III, Madrid 1835, p. 328; FERNÁNDEZ-GUERRA, *Cantabria*: «Bol. Soc. Geog.» 4 (1878), mapa; BALPARDA, *Historia crítica de Vizcaya*, Madrid 1924, p. 54.

(11) Cf. C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en la época romana*: «Bol. Acad. Hist.»: 95 (1929), 348-350.

(12) Cf. L. SERRANO, *El Obispado de Burgos y Castilla primitiva*, I, Madrid 1935, p. 105.

(13) Cf. F. FITA, *Antigüedades romanas de Poza de la Sal*: «Bol. Acad. Hist.» 69 (1916) 206-216.

(14) Sobre esto pueden verse otros trabajos como F. FITA, *Epigrafía romana y visigótica en Poza de la Sal, Mérida y Alburquerque*: «Bol. Acad. Hist.» 68 (1915), 487-495; *Nueva inscripción romana en Poza de la Sal*: «Bol. Acad. Hist.», 69 (1916), 66-67; M. MARTÍNEZ BURGOS, *Hallazgos arqueológicos en Poza de la Sal*: «Bol. Com. Prov. Mon. Burgos», 2 (1926-1928), 375-377; J. MARTÍNEZ SANTAOLALLA, *La Bureba prehistórica y protohistórica*: «Bulleti de l'Associació Catalana de Antropologia, Etnologia i Prehistoria», II, Barcelona 1924; *La Bureba romana*: «Bol. Com. Prov. Mon. Burgos», 1 (1922-1923), 248 ss.; *Flavia Augusta*: «El Castellano», 1921, n.º 6.546 *Inscripciones latinorromanas en Poza de la Sal*: «El Castellano», 1922, números 6.636 y 6.637; *Monedas ibéricas y romanas descubiertas en Flavia Augusta*: «El Castellano», 1922, números 6.712 y 6.713.

de otra suerte tal silencio sería extraño teniendo en cuenta las características de ciudad que debía tener la supuesta Flavia Augusta. En tal hipótesis, se trataría de la misma ciudad que Plinio conoció con el nombre de Salionca y que luego se denominaría Flavia Augusta.

Ya los romanos se habían asentado aquí buscando la proximidad de los pozos de sal. Y sería esta circunstancia de los pozos la que habría dado a Poza su nombre actual (15). Que las salinas estuvieron en explotación en tiempo de los romanos lo prueban los tramos de calzada, que no tendrían otra finalidad sino dar acceso a aquellos parajes y facilitar la salida de la sal que allí se producía.

Noticias que no ofrecen demasiado crédito presentan la ciudad romana destruida por los cántabros unidos con los astures y, reconstruida de nuevo, vuelta a asolar por los árabes. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que en las acciones de reconquista tenemos el castillo de Poza asentado en el primer tercio del s. IX (16). Y en este mismo siglo y acaso antes hay que situar ya la repoblación y edificación del pueblo donde hoy se encuentra, ya que en el s. X hallamos amplia documentación sobre Poza como algo bien constituido, por ejemplo, en el Monasterio de San Pedro de Cardeña, documentación que se remonta hasta el año 917 (17). Esta documentación hace referencia principalmente a cuestiones relacionadas con los pozos de sal. De tal suerte que en este s. X los monjes de San Pedro de Cardeña consiguieron prácticamente monopolizar la sal de Poza (18). Aunque a lo largo de este siglo hay ejemplos de donaciones de pozos de sal a otros lugares o personas. Así Asur Muñoz da al monasterio de Loberuela, «juxta fratres de Arlanza», un pozo de sal en Poza, «comite Fredenando Gundisalziz», el año 945 (19). Más tarde, el 978, Garcí Fernández da a su hija Urraca en su consagración religiosa pozos de sal en Poza y Salinas de Añana (20).

Así vemos cómo en momentos tan tempranos de su historia Poza se centra ya en lo que ha de constituir la base de toda su trayectoria y desarro-

(15) «Poza» es el derivado castellano del latín tardío *putea*, plural neutro de *puteus* (pozo), que en latín clásico se usó más bien como masculino. Cf. J. COROMINAS, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid 1954, s. v. *pozo*.

(16) Cf. L. SERRANO, o. c., p. 100.

(17) Cf. L. SERRANO, *Becerro gótico de Cardeña. Fuentes para la Historia de Castilla Medieval*, Madrid 1910, p. 301 ss.

(18) Cf. S. MORETA VELAYOS, *El Monasterio de San Pedro de Cardeña*, Salamanca 1971, p. 77.

(19) Cf. J. PÉREZ DE URBEL, *Historia del Condado de Castilla*, Madrid 1945, p. 478.

(20) Cf. L. SERRANO, *Cartulario del Infantado de Covarrubias. Fuentes para la historia de Castilla Medieval*, Madrid 1907, p. 18-19.

llo a lo largo de los siglos: la sal. Y ya en los tiempos de Fernán González tiene una entidad bien definida, siendo el 962 Albaro Ziañiz, «maiorino de Poza», en nombre de dicho conde (21).

Aquí nació Sancho García, el de los «Buenos Fueros», nieto de Fernán González y tercer conde independiente de Castilla, que hizo de Poza su continua habitación, edificando el monasterio de San Salvador de Oña, llegando a ser dicho monasterio propietario de Poza (22).

Por un documento de don Sancho a favor de Oña en 1011 podemos conocer la extensión del alfoz de Poza, al indicar como términos de Solas, que pertenecía a dicho alfoz ya en 990, a «Pedraja, Muuilla et exinde vadit mojon de Carcedo et exinde ad defessam de Arconada que es mea de alfoz de Posa... et ad S. Vicentium de Castriello de Lenses» (23). Y en 1113 el alfoz de Poza incluía por el sur el lugar de Piérnigas situado al norte de Briviesca (24).

Del s. XI seguimos teniendo documentación relativa a Poza. Así hay una venta entre particulares el 1 de marzo de 1022, «regnante rex Aldefonso in Legione et comite Garcia in Castella» (25). En 1097 el conde Fernán González es jefe militar en Pancorbo, Peralada y Poza. En tiempo de Alfonso VI se requiere una especial autorización del monarca para la venta de la sal (26), a pesar de que las salinas siguen perteneciendo al monasterio de Cardeña.

Alfonso VII convierte a Poza en señorío de la Casa de Rojas, elevado más tarde a marquesado en la persona de don Juan de Rojas. En 1191, con Alfonso VIII, un privilegio real concede a Cardeña ciertas medidas de sal en las salinas de Rosío a cambio de las que le pertenecían desde antiguo en las de Poza (27).

Los reyes van haciéndose con la propiedad de las salinas. Así, al año siguiente, un diploma real del mismo Alfonso VIII asigna 160 maravedís de oro anuales al vestuario y calzado de los monjes de Oña sobre las salinas de Rosío a cambio de cuanto pertenecía a Oña en las de Poza, que el

(21) Cf. T. LÓPEZ MATA, *Geografía del Condado de Castilla a la muerte de Fernán González*, Madrid 1957, p. 96.

(22) Cf. L. SERRANO, *El Obispado de Burgos...*, p. 247.

(23) ALAMO. Colec. Dipl. n.º 14, citado por T. LÓPEZ MATA, o. c., p. 96.

(24) Cf. T. LÓPEZ MATA, o. c., p. 96.

(25) L. SERRANO, *Becerro gótico de Cardeña...*, p. 289.

(26) Cf. L. SERRANO, *El Obispado de Burgos...*, p. 434.

(27) Cf. L. SERRANO, *El Obispado de Burgos...*, II, p. 135.

rey tomaba para sí (28). El 1328 el Cabildo de Covarrubias cedió al rey cuantos derechos tenía en las salinas de Añana y Poza por ocho fanegas de sal de renta anual (29).

Multiplicamos monótonamente estos datos, omitiendo otros similares, para confirmar documentalmente lo que ya hemos indicado antes y seguiremos viendo: la historia de Poza es la historia de su sal y sus salinas. Hay que hacer notar que la economía salinera ha sido de una importancia extraordinaria (30).

Las salinas de Poza poco a poco fueron convirtiéndose en salinas reales. A pesar de esta progresiva propiedad de los reyes en las salinas de Poza, ella no es absoluta. Diversas fundaciones, como los monasterios mencionados, a los que habría que añadir el de Las Huelgas, y particulares tenían alguna parte en las salinas. Decimos que hay que añadir el de Las Huelgas, porque en el año 1315 la infanta doña Blanca, hija de Alfonso XI y señora de Las Huelgas, junto con la abadesa y monjas del monasterio, adquiere una finca en las cercanías de Briviesca y seiscientos maravedís a cambio de los derechos en el Pozo del Conde (31), eras de sal y derechos de portazgo que tiene el monasterio en Poza. Esta cesión hecha por la hija de Alfonso XI es un detalle más en el progresivo desprendimiento de los propietarios. Pues bien, será precisamente Alfonso XI quien declarará pertenecer a su real patrimonio las salinas con todos sus accesorios. Era el siglo XIV.

Sin embargo, ya por las exenciones y privilegios concedidos a los tales poseedores por los reyes anteriores o por el mismo Alfonso XI, ya por

(28) «Dono et concedo vobis dompno Petro, Oniensi abbati, et universo onien-si monasterii conventui praesenti et futuro, centum et sexaginta morabetinos in salinis de Rosio percipiendos annuatim qui monachorum indumentis et calciamenta deputati sint, in concambium pro salinis de Poça quas michi cum beneplacito et consensu vestro accipio». (Archivo Catedral de Burgos, vol. 71, n.º 11. Libro Becerro 2.º).

(29) Cf. L. SERRANO, *Cartulario del Infantado de...*, p. 177.

(30) Sobre la sal en la historia medieval, cf. R. PASTOR DE TOGNER, *La sal en Castilla y León. Un problema de la alimentación y del trabajo y una política fiscal. (Siglos X-XIII)*: «Cuadernos de Historia de España», 37-38 (1963), 42-87; R. ARROYO ILERA, *La sal en Aragón y Valencia durante el reinado de Jaime I*; C. MANCA, *Aspetti dell'espansione economica catalano-aragonesa nel Mediterraneo occidentale. Il comercio internazionale del sale*, Milano 1966; J. L. MARTÍN, *Nacionalización de sal y aranceles extraordinarios en Cataluña. (1365-1367)*: «Anuario de Estudios Medievales», 4 (1967), 599-611.

A pesar de estos trabajos hay que admitir que la historiografía hispana apenas ha prestado atención a la historia de la economía salinera: cf. M. GUAL CAMARERA, *Para un mapa de la sal hispana en la Edad Media*, en *Homenatge a Jaume Vicens i Vives*, I, Barcelona 1965, p. 483-497.

(31) Este pozo se llamaba así, «del Conde», hoy Pozocuende, por ser el pozo que el conde Sancho García concedió, entre otros bienes, a su hija Tigridia al fundar en su favor el Infantado de Oña.

otras dificultades que impidiesen su cumplimiento, lo cierto es que esta providencia no tuvo efectos completos hasta el reinado de Felipe II, el año 1564, fecha en que se estableció la incorporación formal de las salinas al patrimonio real de la corona. En consecuencia el 13 de abril de 1564 Felipe II, a través de su Real Consejo de Hacienda, cita a los herederos de las salinas para que envíen a Madrid dos representantes de los que crean más entendidos en salinas para tratar de la compensación que se ha de dar a los interesados. Los acuerdos que se adoptaron sirvieron sin duda de base para los estatutos que en el futuro habían de regir la vida de la Comunidad de Herederos de las Salinas.

En adelante estas salinas llevarán el nombre de Reales Salinas, que será mucho más que un título honorífico, pues quedarán bajo una efectiva tutela real. Pero la Comunidad no perderá ni la organización ni el empuje ni la capacidad de defender sus fueros e intereses. La Comunidad seguirá eligiendo a sus diputados que la representen oficialmente y velen por sus intereses, que ejecuten o hagan ejecutar las providencias dadas para su buen gobierno, que hagan que los herederos, el Rey también como el primero de ellos, tengan bien dispuestos los pozos y vasijas para echar las mueras, etc. Estas y otras similares fueron las obligaciones y funciones que, según el reglamento de la Comunidad, competía a los diputados. Esta fue la fórmula que dio a las salinas de Poza siglos de gran prosperidad y una rotunda supremacía con respecto a sus rivales de Castilla la Vieja y regiones adyacentes.

En efecto. En Castilla fueron muy conocidas las salinas de Cabezón, Herrera, Rosío, Añana y otras, además de las de Poza. Entre ellas tuvieron singular importancia las de Añana y Poza y, en el afán de alzarse con la supremacía, anduvieron enredadas en frecuentes intrigas y pleitos. Las de Añana tenían mejores condiciones naturales en cuanto a la facilidad y comodidad de la producción. Pero la mejor situación geográfica de Poza, al hallarse más próxima al centro de la zona castellano-leonesa, y la calidad de su sal hicieron que los reyes se inclinaran decididamente a favor de ésta y le dieran un trato de privilegio.

Ya en 1392 Enrique III interviene contra el Consejo de Añana en relación con la venta de sal de Poza (32). De 1436 tenemos una carta de Juan II mandando se deje paso libre a la venta de sal de Poza (33). Y de 1454, una cédula de Enrique IV también contra el Consejo de Añana y su

(32) Cf. L. SERRANO, *Cartulario del Infantado de* , p. 263 ss.

(33) *Idem*, p. 323-324.

señor Pedro Sarmiento, que dificultaban la venta de sal de Poza (34). Son estos casos la muestra de algo que vendrá repitiéndose a lo largo de los siglos: pleitos y salidas airosas por parte de Poza.

La protección de los reyes desde Felipe II, que incorpora las salinas de Poza a la corona, hasta Isabel II, los desvelos e inteligencia de los herederos de las salinas integrados en la Comunidad que potenciaba sus esfuerzos y hacía llegar su voz a las alturas de la administración, la colaboración de los arrieros y carreteros que la trajinaban hicieron que la producción y comercio de las salinas de Poza alcanzara cifras realmente considerables y la villa jugara un papel importante en la historia de Castilla. La producción llega a alcanzar medias de cien a ciento veinte mil fanegas por año, cantidad que habría de abastecer los toldos y alfolíes de Burgos, Palencia, Valladolid, Zamora y Salamanca, hasta rayar con los principados de Asturias, Galicia y reino de Portugal. De los alfolíes más lejanos que debían proveerse de Poza son los de Ciudad Rodrigo, Puebla de Sanabria, Ponferrada, Villafranca del Bierzo. Así hasta un total de cincuenta y seis lugares principales, distantes algunos sesenta y dos leguas del centro de producción. Todo esto suponía una ingente escuadra de arrieros y carreteros, así como un elevado número de braceros en los puestos de producción y puntos de destino. En principio y cuando la sal pudo circular libremente, su transporte estaba al alcance de todo el que la quisiera negociar, pero, cuando fue puesta bajo control estatal, el transporte de la sal destinada a los alfolíes de Burgos quedó reservado a los arrieros de Poza y el de la sal destinada a los alfolíes de las otras provincias citadas, a los arrieros y carreteros de la «cabaña real» juntamente con los pozanos y, por una concesión especial del rey, los del Valle de las Poblaciones en las estribaciones de Peña Labra.

Las salinas de Poza hoy han pasado ya a la historia, pero han pasado tras muchos siglos de existencia bien gloriosa, de la que son buena prueba los monumentales edificios que se alzaron por causa y al abrigo de las salinas: así el edificio de la administración de las Reales Salinas, blasonado con el escudo de los primeros Borbones, el «pósito», almacén de tiempos de Felipe II, el almacén de Trascastro, con fuertes muros y estribos, el de la Magdalena..., todos ellos edificios monumentales, ejemplares únicos por su trazado y construcción, con la doble aplicación como almacenes para la sal y aposento de la Guardia de las Reales Salinas, encargada de custodiarlas.

(34) *Idem*, p. 335 ss.

Desde otro punto de vista podemos recordar que aquí en Poza estuvieron encarcelados los embajadores de los países que en mala hora terciaron en el rescate de Francisco I de Francia. Y desde el punto de vista militar, lo que se conoce con el nombre de «acción de Poza» en la guerra de la Independencia, acción que consistió, por decirlo brevemente, en la liberación del castillo, que ocupaban las tropas francesas del general Palombini, por la llamada «División de Iberia» del guerrillero Francisco Longa, con auxilio de los comarcanos, el mismo Longa que derrotara al también general francés Fromant en las cercanías de Sedano (35).

III. — ACTIVIDAD ECONOMICA

a) *Agricultura*

Poza de la Sal cuenta con un término municipal de 48,70 kilómetros cuadrados. Gran parte de este terreno se halla en el páramo difícilmente cultivable. Con todo, aprovechando las hondonadas, se ha dado un cultivo cerealista, trigo y cebada preferentemente, pero nunca en cantidades importantes. En medida aún menor hay que recordar lo que llaman «menudos», tales como yeros, alholvas, arvejas o guisantes secos para pienso de los animales. También en los páramos se ha cultivado con relativo éxito la patata.

La parte del término que se orienta hacia La Bureba puede considerarse de cultivo hortícola. Encontramos también representado el árbol frutal: manzano, peral, ciruelo, melocotonero, cerezo, almendro, nogal. Asimismo es digno de mención el hecho de que hasta hace pocos años existió, sólo para el consumo familiar, un viñedo que producía un vino flojo de un agradable bouquet ácido: el chacolí. Hoy ha desaparecido totalmente este viñedo.

La dedicación agrícola no ha sido tradicionalmente la ocupación principal de los habitantes de Poza. Fueron las salinas las que dieron trabajo a los pozanos. Sin embargo, ello no fue obstáculo para que el campo se trabajase también de una manera marginal y, desde que las salinas dejaron de ser lo que eran, de modo preferente.

Incluyamos aquí también una mención a lo forestal. Esta riqueza en nuestro pueblo es algo tan escaso que no merece un tratamiento aparte. La

(35) Sobre las salinas y algún otro aspecto de Poza de la Sal puede verse F. MARTÍNEZ ARCHAGA, *Las salinas de Poza en la historia, I, II y III: «Diario de Burgos», 24-II-1974, 5-III-1974 y 12-III-1974; Poza de la Sal. Relicario Histórico Artístico: «Diario de Burgos», 11-X-1973.*

creencia extendida de suponer que nuestros páramos estaban cubiertos por arbolado en la antigüedad no está confirmada por ningún testimonio. Es más, puede sospecharse que en épocas apartadas de nosotros la Meseta y en concreto nuestra zona sufría el efecto de las sequías y de la escasez forestal (36). Prueba de esta escasez y de los deseos de repoblación son ciertas medidas adoptadas en el s. XVI (37). En los últimos años, antes de iniciarse la despoblación masiva de los pueblos de la comarca, hubo también una campaña de repoblación forestal con plantación de pinos en el páramo.

Poza ofrece una escasez de monte más acentuada que en los pueblos vecinos. Las laderas hace tiempo que están peladas sin dejar que los matorrales retoñen. La explicación puede estar en el hecho de que los habitantes de Poza fueron siempre numerosos y el único combustible era la leña. Al no ser ésta abundante, sacaban hasta las raíces de los matorrales, dejando las tierras sin posibilidades de repoblación espontánea, consiguiéndose así el aspecto de deforestación que hoy puede contemplarse. El monte, lo poco que hubo, fue, pues, la solución de una necesidad, pero no una fuente de riqueza. Y ni siquiera para cubrir sus necesidades tuvo Poza en este sentido, teniendo que recurrir a otros pueblos, principalmente Padrones.

En la zona que mira a La Bureba hay, aparte de los frutales, algo de arbolado: olmos, chopos, álamos. El olmo receloso, nunca en forma de monte sino sólo en las lindes de las pequeñas fincas, en reducidas filas, apoyando una pared o conteniendo la terraza para el cultivo. Los altos chopos y los álamos blancos y morenos al borde de los arroyos o a la orilla de la carretera con su canción de viento... Mencionemos también algún escaso avellano que, además de su sabroso fruto, proporcionó sus varas, largas, finas y flexibles, para los empertigados. Y hemos agotado prácticamente las especies que aquí se dan, omitiendo, cierto, algunas de envergadura arbustícea como puede ser el boj o el esqueno.

Presentamos los datos forestales del Instituto Nacional de Estadística, pero hagamos antes la observación de que hay que mirarlos con ojo crítico para no dejarse engañar por el espejismo de los números que, aun siendo exactos, no responden a lo que la fantasía puede imaginar al leerlos:

Monte alto y alamedas	Monte medio y dehesas	Monte bajo y otros	Total forestal
Has. 12	Has. —	Has. 3.074	Has. 3.086

(36) Cf. T. LÓPEZ MATA, *La provincia de Burgos en sus aspectos geográfico, histórico y artístico*, Burgos, s. f., p. 28.

(37) Cf. Archivo Municipal de Burgos, Legajo 2.407.

Viendo el total forestal puede parecer una extensión considerable, pero nótese que ese total se reduce prácticamente a monte bajo, que, normalmente, recorriendo los lugares, puede comprobarse no merece el nombre de monte, estando casi limitado a unas ralas aliagas y contados espliegos, brezos y gayubos. Y ni que decir tiene que no supone ningún ingreso ni para los particulares ni para el pueblo como tal.

b) *Ganadería*

Las amplias extensiones de páramos y tierras poco aprovechables para el cultivo podrían ser el punto de arranque de una fuente importante de riqueza por parte de la ganadería. En épocas anteriores hubo por estas tierras —pensamos en el páramo de Poza y pueblos limítrofes—, una aplicación a la ganadería con mucho más interés. Las condiciones de estos páramos son indicadas principalmente para el ganado lanar. Y hay que decir que tradicionalmente ha sido el ganado ovino el que ha representado la explotación ganadera, como prácticamente en todas las campiñas y páramos de orientación económica cerealista donde el ganado tiene una importancia muy secundaria con respecto al aprovechamiento agrícola del suelo (38), aunque aquí las amplias extensiones improductivas debían haber cambiado esta orientación.

Bien es verdad que las amplias cañadas, con gran parte de las fincas que las defendiera de las «acometidas» del ganado (39), nos están hablando de momentos en que ese ganado se encontraba en proporciones considerables. La clase de ganado criado aquí fue altamente estimado por la calidad extraordinaria de su carne y de su lana. Lo mismo hay que decir del queso duro, curado al humo, que, en un pueblo como Masa, cercano a Poza, alcanzó merecida fama.

Disminuyó la inclinación a la ganadería al hacerse grandes roturaciones de terrenos de pasto para dedicarlos a cereales. En los primeros años las cosechas en una tierra virgen y suelta colmaron las esperanzas de los agricultores, pero las débiles capas de tierra cultivable no respondieron bien a los esfuerzos del labrador, volviendo de nuevo muchas de esas tierras a quedar incluidas entre las no productivas (40). Sin embargo, esta

(38) Cf. J. GARCÍA FERNÁNDEZ, *Submeseta septentrional. Castilla la Vieja y León*, en *Geografía regional de España*, dirigida por M. DE TERÁN y L. SOLE SABBARIS, Barcelona 1969, p. 129.

(39) Este paisaje de amplias cañadas y fincas con rústicas pero abundantes cercas es llamativo, v. g., en Quintanaloma, cuyo término municipal linda con el de Poza.

(40) Cf. T. LÓPEZ MATA, *La provincia de Burgos en sus aspectos...*, p. 33.

roturación y el paso de buena parte de tierras comunales a propiedad privada redujeron la superficie de las tierras de pasto. Por otra parte, la coyuntura favorable de que ha gozado el trigo ha hecho que el campesino se centrara más en la explotación agrícola (41).

Como hemos dicho, el ganado lanar fue el más abundante, aunque realmente solía reducirse a un pequeño hato inferior a las cincuenta cabezas por ganadero. Rara vez se acercaba a las ciento. Y no eran todos los que tenían ovejas. Hoy son menos los ganaderos, pero hay algún rebaño más numeroso.

La clase de oveja es la «churra», buena productora de leche. La lana ha perdido importancia con una depreciación considerable. Se trata de un ganado que se mantiene en régimen de pastoreo puro, estabulándose únicamente cuando la nieve impide que pueda pastar. La crudeza y duración del invierno hacen que, durante esta estación, los pastos tengan un escaso valor alimenticio y sea necesario recurrir, aunque en cantidad inferior a la que debía darse, a piensos complementarios para que el ganado pueda sobrevivir. Esta situación desaparece en primavera con el brote de la hierba en las tierras incultas y baldías, en las que las ovejas encuentran un pasto suficiente para su acentuada sobriedad. Luego lo encontrarán, aunque con un valor nutritivo inferior, en las rastrojeras durante el verano. El humilde rebrote del otoño es preludio de la larga y dura etapa invernal, en la que el ganado consumirá las energías acumuladas anteriormente. Así puede decirse que tiene una alimentación deficiente y poco racional. El campesino tiene la mentalidad muy arraigada de que las ovejas deben producir sin proporcionarle muchos gastos. Esto es común prácticamente en toda Castilla la Vieja (42). De esta suerte el rendimiento no es muy alto. Los corderos suelen venderse a los tres o cuatro meses, comenzándose entonces el ordeño. La leche se destina a la fabricación de queso, que hasta ahora se hacía en las casas, vendiéndose como un producto típico del país. Hoy el queso ha dejado realmente de fabricarse en las casas, llevándose la leche a las fábricas de queso y derivados. A pesar de no ser el rendimiento muy alto, en las casas donde había ovejas, suponían éstas una buena parte de los ingresos.

Junto a las ovejas hay que mencionar las cabras en número muy inferior: poco más que contadas unidades por hato de ovejas. Los animales de trabajo han sido hasta hace poco la pareja de bueyes y uno o dos caballos, mulos o burros.

(41) Cf. J. GARCÍA FERNÁNDEZ, *o. c.*, p. 129.

(42) Cf. *Idem*, p. 130.

A esto hay que añadir, como fuente mínima de ingresos pero como algo importante para la manutención, los animales de corral: gallinas, conejos, cerdos, etc., en medida poco mayor que la exigida por el consumo de la familia. Alguna vez también un desván sirve como palomar de un modo elemental.

La caza no supone ingresos si no es para el Ayuntamiento en caso de acotar el término. Se encuentra caza menor: codorniz, liebre, perdiz, conejo, y tampoco falta el jabalí. Tanto la caza como la pesca tiene un atractivo turístico o deportivo pero no cometido económico alguno.

c) *Industria, comercio y minería*

De la industria puede decirse que se halla totalmente ausente, a no ser que quieran incluirse en este apartado las antiguas actividades del curtido, herrería, calderería y tejido. Pero en realidad son actividades que hace tiempo dejaron de practicarse. Algo similar hay que decir de una yesera que hubo y de los molinos.

En cuanto al comercio cabe decir que Poza ha sido hasta hace poco y aún hoy en cierta medida centro comercial para los pueblos cercanos, pero esto se ha visto altamente disminuido, dada la vertiginosa emigración que ha caracterizado a la zona. Esta misma circunstancia ha mermado las ferias hasta casi anularlas totalmente, aparte de que la mecanización del campo ha ejercido también un fuerte influjo en este aspecto. Sin embargo, son dignas de mención las ferias de ganado del 27 y 28 de febrero, 1 de mayo, 8, 19 y 20 de septiembre y 22 de noviembre y el mercado de los sábados. Igualmente pueden mencionarse como días de especial concentración el 27 y 28 de septiembre, fiestas de San Cosme y San Damián.

Desde el punto de vista de la minería, aparte de la ya mencionada yesera, son los pozos de sal lo que merece destacarse. Las salinas de Poza llegaron a identificarse hasta tal punto con el pueblo que ha podido escribirse que en 1841 los 700 vecinos de que se componía la villa se ocupaban exclusivamente de la extracción, explotación, tráfico y comercialización de la sal (43). Lo de «exclusivamente» es simplificar un poco, pero nos da idea de la importancia que en la vida de Poza tenían las salinas.

Mariano Zuaznavar señala a la cuenca salífera una extensión de cien hectáreas aproximadamente, de las que seis pertenecen a las rocas eruptivas anfibólicas, pudiendo decirse que son dioritas más o menos descompuestas

(43) Cf. F. NARANJO Y GARZA, *Reseña geognóstica y minera de una parte de la provincia de Burgos*: «Anales de minas», 2 (1851), 109.

y que el eje de levantamiento en el cerro eruptivo de El Castelar, ya mencionado, tiene una dirección N-NE y S-SE. Igualmente nos recuerda que la estratigrafía está muy perturbada y que ha recogido los fósiles *Belmnites Bicaudilatus*, *Ammonites Insignis* y hasta un *Ptoceras* del Jurásico (44). Aquí se halla el banco salinero o «peña de sal», cuyo espesor se ignora, pero «que —al decir de Zuaznavar— constituye bloques verdaderamente notables por su frecuencia, por su tamaño y algunos por la pureza de su masa» (45).

Fue inmenso el esfuerzo que exigió a las gentes de Poza la puesta en servicio y conservación de sus salinas. Para alcanzar este banco salinero se excavaron innumerables pozos, llamados también «cañas», que alcanzaron una profundidad que variaba entre los quince y cuarenta metros. Solían tener una vara de sección en cuadro y por lo general se disponían linealmente. A veces sus paredes iban recogidas con maderas. Al llegar al nivel de la piedra de sal se unían entre sí por largos pasos subterráneos que en algunas ocasiones se entrecruzaban. Por el pozo más elevado de la serie se introducía agua dulce que muchas veces era conducida en la superficie por canales de madera.

Por lo general se dejaba el agua en contacto con la sal durante veinticuatro horas, es decir, el tiempo necesario para que se saturara de cloruro sódico (46). De aquí se sacaba el agua mediante torno, a veces a mano sin más, con zacas de cuero, cuya boca se mantenía abierta mediante un aro de madera. El hierro se hubiera estropeado antes por la acción de la sal. Este agua se hacía llegar a unas pilas o estanques impermeabilizados donde se conservaba dicha muera durante seis o más meses de invierno. De aquí, en la época propicia a la evaporación, se esparcía con una especie de enorme cucharón o sartén de largo mango sobre las eras perfectamente niveladas y escalonadas en las laderas en número superior a las dos mil. Estas se hallaban dispuestas en lo que llamaban «granjería». Cada granjería comprendía una o más pilas de conservación de la muera, varias eras y un depósito donde se conservaba la sal después de triturada una vez que se había verificado el sedimento, hasta que se condujera a otros almacenes. Como depósito funcionaba frecuentemente, por no decir siempre, el hueco que quedaba bajo las eras, formado por el entibado que las sostenía. Las eras eran de cemento o de tierra batida. Las primeras cristalizaban una sal

(44) Cf. M. ZUAZNAVAR, *Datos geológicos, mineros de la provincia de Burgos*: «Bol. Com. Mapa Geol. y Min. de España», 1 (1874), 289, citado por J. L. REOYO, *Explotaciones mineras en la provincia de Burgos durante la centuria 1850-1950*, Burgos 1969, p. 72.

(45) Idem, p. 257, citado *ibidem*.

(46) Cf. J. L. REOYO, *o. c.*, p. 72.

blanca. Las segundas, rojiza, de inferior calidad. Pero en éstas la evaporación era más rápida. Por eso a la hora de medir su rentabilidad económica eran quizás preferibles estas últimas. Con todo, el número de las eras de cemento era crecido y seguramente superior al de las otras.

Especialmente curioso era el método con que conocían la concentración de la sal en la muera: se introducía un huevo en ella y el nivel de la flotación de este singular areómetro daba el grado de saturación (47).

En el duro laboreo de las salinas se destacaba como peculiarmente molesto el hacer el recorrido de galerías frecuentemente ocupadas por aire corrompido. Algunos años murieron tres o cuatro trabajadores asfixiados (48). Alguien ha dicho que «todos los que se ocuparon de escribir sobre el laboreo de las salinas denunciaron sus métodos rudimentarios y se lamentaron de la deficiente explotación de una riqueza incalculable dada la abundancia del criadero y sus ventajosas circunstancias locales» (49).

La producción llegaba a alcanzar de cien a ciento veinte mil fanegas al año. En 1871 se citan doce depósitos de sal en Poza: Pozocuende, Salinillas, El Pajar, La Tomaya, Garcimarrón, La Mata, Trascastro, Lines, El Hoyuelo, Barco, Tejadillo y Doña Juana. Pero desde 1850, en que la producción fue de 101.000 fanegas, ésta ha ido descendiendo de tal suerte que los últimos años sólo se producían pequeñas cantidades que se vendían a los pueblos vecinos. Igualmente se vendían, para colocar en las pesebreras, piedras de sal que los animales iban lamiendo hasta gastar del todo. Hoy la producción ha quedado reducida a cero. Únicamente se hace algo en casos muy contados. Así, por ejemplo, si alguien residente fuera tiene la ilusión de llevar para su consumo una sal hecha por él en su pueblo, como unos amables bilbainos de Poza que me encontré en las salinas que me explicaron algunos detalles del procedimiento.

Digamos también, en relación con la minería, que en el páramo de Poza se ha hecho alguna perforación petrolífera de resultado incierto.

IV. CONFORMACION DEL PUEBLO

a) *Factores determinantes de su emplazamiento*

Poza de la Sal es un ejemplo de hábitat agrupado, como casi todo el de la provincia de Burgos. Los principales factores que determinan el de-

(47) Cf. P. JOSUÉ Y BARREDA, *Noticia de las salinas de Poza*: «Revista Minera» 2 (1851), 267.

(48) Cf. F. NARANJO Y GARZA, *l. c.*, p. 106.

(49) J. L. REYO, *o. c.*, p. 73.



sarrollo de un hábitat rural agrupado son factores naturales, factores históricos, factores sociales y económicos derivados de la estructura social de los grupos humanos y de las formas de organización de las explotaciones (50).

Entre los factores naturales está la proximidad del agua, la búsqueda de puntos provistos de agua. Los primeros geógrafos que se interesaron por el estudio de la población rural dieron excesiva importancia a la hidrología. Ciertamente que hay muchos casos en que puede reconocerse la influencia del agua en la localización de las viviendas rurales. Pero se ha probado que no existe relación entre la dispersión y la abundancia de los depósitos naturales de agua en una región impermeable, ni entre la concentración y la presencia de grandes fuentes sobre las rocas permeables (51). Sin embargo, en todos los países se encuentran cadenas de pueblos al pie de las laderas en contacto con la capa impermeable de base que determina el nivel de los manantiales, mientras que tienen una importancia local ciertas condiciones topográficas que implican garantías de seguridad respecto a las inundaciones y aludes de montaña.

Aparte de otras influencias parecidas ejercidas de un modo directo hay que pensar en la influencia, llamémosla indirecta, que los factores naturales ejercen al unirse con factores históricos. La elección de emplazamientos aptos para la defensa establece relaciones de un carácter particular entre el relieve y el hábitat. Ahora bien, este hecho ha conducido a conceder gran valor a datos de la geografía física que, en lugar de facilitar las condiciones del trabajo de la tierra, le son a menudo desfavorables, v. g., por la dificultad de hacer llegar el agua, incomodidad de acceso con vehículos modernos, alejamiento de las tierras de cultivo, etc. A veces, emplazamientos que se buscaron con una finalidad, no ya de defensa en general contra el bandillaje, las alimañas, etc., sino estrictamente castrense o militar, hicieron surgir allí mismo o en sus inmediaciones un poblado.

En cuanto a los factores sociales y económicos pueden considerarse en primer lugar las distintas formas de organización social, que realmente son fundamentales en el momento del establecimiento de la población. Los vínculos entre la estructura social y la forma de residencia son tanto más fuertes cuanto que, en la propia organización del trabajo, algunas modalidades de acción colectiva determinan la arquitectura del grupo, modalidades como posesión indivisa de las tierras, servidumbres colectivas o trabajo colectivo en todas las tareas agrícolas o en parte de ellas.

(50) Sobre los factores condicionantes del agrupamiento del hábitat rural, cf. P. GEORGE, *Geografía rural*, Barcelona 1974, p. 181 ss.

(51) Cf. M. SORRE, *El hombre en la tierra*, Barcelona 1967, p. 98.

La influencia de las condiciones económicas y sociales sobre la distribución y la forma del hábitat puede tener lugar de un modo variable. Los mismos sistemas de cultivo determinan más o menos por sí mismos el agrupamiento de la población rural. Las transformaciones de los sistemas de cultivo son con frecuencia decisivas. Estas transformaciones pueden darse sin modificación cuantitativa de la población agrícola o bien con reducción o crecimiento de esta población. En el primer caso, si hay cambio en el hábitat, es únicamente cualitativo y se manifiesta en un desplazamiento de las casas rurales en forma de abandono de las anteriores edificaciones y levantamiento de nuevas. Así el paso de una economía de rotación de cultivos a una economía herbajera puede favorecer una dispersión parcial o total del hábitat sin cambio cuantitativo en la población. En el segundo caso la transformación es a la vez cuantitativa y cualitativa: una reducción de la población agrícola, por ejemplo, a causa de la mecanización, esteriliza los pueblos y aldeas y consolida las granjas nuevas, sedes de grandes explotaciones.

Igualmente son de tener en cuenta las facilidades de comunicación y acceso a los centros comerciales, etc. Es decir, que los hechos son tan complejos que hay que evitar todo esquematismo generalizante. La permanencia de un mismo tipo de hábitat agrupado obedece a menudo a la sustitución de un factor de agrupamiento por otro. Además, a veces, en una misma situación han influido diversos factores más o menos simultáneamente. Es esto lo que creemos ha ocurrido en el emplazamiento de nuestro pueblo.

Hay en primer lugar una circunstancia de tipo castrense, no recogida en la toponimia, como ocurre algunas veces, pero bien evidente en la sola contemplación del castillo. No interesa ahora el asentamiento de población anterior al que ahora existe, que es medieval. El poblamiento romano en Poza está bien constatado, pero no ocupó el lugar que ocupa el caserío actual. Este surgió donde hoy se encuentra en la Edad Media. Y se inició en el mismo sitio donde está hoy.

Tenemos, pues, como factor determinante de este agrupamiento un factor histórico, castrense, asociado a las circunstancias físicas del relieve. Se superpone un segundo factor natural: el hidrológico. No con mucha influencia, pero sí alguna. El río Omino pasa a unos centenares de metros del pueblo, pero más cerca tenemos unas fuentes que dan sus abundantes aguas a Poza. A este respecto es bueno recordar que no faltaron en días pretéritos los característicos molinos que ya hace tiempo pararon sus muelas.

Un aspecto de los condicionamientos económico-sociales en estrecha relación con el suelo se transparenta a través de la posición del agrupamiento dentro del espacio agrícola o zona de trabajo en general. En cuanto a nues-

tro pueblo hay que tener en cuenta que la principal ocupación de sus habitantes no ha sido la agricultura sino las salinas, aunque no haya que descartar aquélla de un modo absoluto. Así pues, partiendo de un factor histórico del asentamiento de Poza donde está, hay que pensar de inmediato en la presencia de las salinas. Probablemente el asentamiento romano estuvo también motivado por esta circunstancia. Ha sido esta cercanía de las salinas lo que ha propiciado que Poza se aventurara por las proporciones que ha alcanzado.

Teniendo esto presente puede decirse que el factor histórico no jugó una mala pasada a las condiciones de trabajo. Acaso halla que achacarle alguna incomodidad por la estrechez de sus calles y la inclinación del suelo en que se encuentra. Otra cosa habría que decir con respecto al laboreo agrícola. El pueblo está en la ladera entre el páramo y el llano inferior. Si no se colocó en la llanura no fue para poder aprovechar mejor la tierra llana que se convierte en La Bureba desde casi sus pies. Fueron motivaciones de defensa, unión con el castillo, etc., las que extendieron la muralla que encierra el pueblo. De esta suerte, entre el páramo y el llano inferior, no está el pueblo ni en uno ni en otro, incómodo para subir desde él al páramo, incómodo para subir desde el llano inferior hasta él. Por cierto que, sin quererlo quizás, ha dejado libre el mejor suelo, ocupando lo escarpado y seguramente de peor calidad, pero no fue ésta la intención buscada en su emplazamiento. Fueron, de todas formas, los menos los que en Poza tuvieron que sufrir esta incomodidad en el trabajo agrícola. Desde el punto de vista del trabajo salinero está bien situado. Y su orientación de cara a los factores climatológicos tampoco está descuidada.

b) *Su forma*

Los autores alemanes han distinguido tres esquemas generales de formas: pueblo lineal o pueblo calle, pueblo apiñado y pueblo radial (52). La forma del pueblo calle es la que mejor se presta al contacto directo entre la casa rural y sus campos. La del pueblo apiñado y su variante, el pueblo redondo, obedece tanto a la necesidad de defensa como a una estructura colectiva de la vida rural. Mientras que la forma del pueblo radial pone de manifiesto el papel de las carreteras y caminos (53).

La forma puede derivarse de una simple adaptación al lugar, y esto de modo especial cuando el lugar es idóneo para la defensa. Entonces la forma

(52) Cf. P. GEORGE, o. c., p. 197.

(53) Sobre la forma de los pueblos, cf. Idem, p. 196 ss.

del pueblo se adecua a la forma del lugar que es más propicia a la fortificación y, en lo posible, más semejante a un círculo, para procurar un espacio lo más pequeño posible que defender. La forma también puede derivar de la organización del trabajo, etc. Pero no vamos a seguir en el análisis de los posibles influjos en la forma, ya que creemos que aquí la primera motivación indicada es la que cuenta: la adaptación al lugar.

Poza es un típico ejemplo de pueblo apiñado. Aunque quedan algunas edificaciones fuera, la parte que se presenta como apiñada es, por hablar de alguna manera, el auténtico pueblo de Poza: lo que se encontraba encerrado en sus murallas. Fuera queda el barrio de Los Corralillos que, como el mismo nombre indica, no estaba ocupado en su mayor parte por viviendas, sino por construcciones destinadas a guarda de ganado o cosa similar. Este barrio se halla a la parte noreste del pueblo, separado por la torrentera por donde descienden las aguas de las salinas. Fuera también de la muralla y en la parte noroeste está lo que se llama el barrio de El Cristo, así llamado por la ermita de la misma denominación que allí se encuentra. Es de características parecidas a las del barrio de Los Corralillos, con pocos edificios usados como viviendas y más pequeño que aquél. Es un barrio insignificante. Fuera también de las murallas puede verse algún edificio más moderno.

El recinto amurallado se apoya en la ladera y es el típico ejemplo de la adecuación al lugar propicio para la fortificación, buscando, como decíamos, la forma más semejante al círculo. Ni que decir tiene que esto del círculo hay que entenderlo de un modo relativo.

Las calles se han estrechado sobremanera buscando albergar dentro de la muralla el mayor número posible de casas (54). Cualquiera diría que nos hallamos en una judería, pero no. Ha sido la necesidad indicada la que ha motivado este apiñamiento. Recordemos que el pueblo llegó a los 3.000 habitantes. Y esta misma necesidad hizo alzarse las casas a tres pisos y en algún caso hasta cuatro. Con todo, no hay que descartar, si no como motivo sí como una circunstancia que no vería nada mal esta estrechez de las calles, la presencia judía en el pueblo. Allí donde había una posibilidad de cara al comercio no podía faltar el judío, y así tampoco faltó en Poza. Aun hoy se conserva un edificio al que llaman «La Sinagoga» en la calle de Las Procesiones. Igualmente nos resistimos a creer en una total ausencia del elemento árabe en Poza. La casa entramada, tan ampliamente representada en nuestro pueblo, tiene en ciertas ocasiones algunos detalles, por

(54) El número de las edificaciones de Poza viene a ser de 530: destinadas a vivienda 400 y a otros usos 130.

ejemplo, los perfiles mudéjares de las zapatas, que, según el profesor Torres Balbás, la identifican como de procedencia musulmana (55). No es argumento suficiente, pero es una observación a tener en cuenta.

La altura de las casas y la prolongación de los aleros, unidas a la estrechez de las calles, dan a éstas un carácter un tanto sombrío. Difícilmente entra en ellas el sol si no es a mediodía. Pero ya se ha encargado el pozano de darles un poco o un mucho de color y de calor. Sólo puede llevarse la imagen de ese aspecto sombrío el que halla deambulando con despiste por las calles sin entrar en contacto con sus gentes. Hay lugares en que la contigüidad de las casas no supone cercanía. Aquí sí. Parece que su proximidad es un afán de comunicación como si se arropasen unas a otras.

Sus calles tienden a dibujarse a favor de la ladera, siendo menos las que bajan o suben. Hay una plazuela o, por mejor decir, doble plazuela, de suelo quebrado en desniveles y escasa superficie, pero que quiere ser capaz para un mercado y consigue ser acogedora. Si aquí llega alguna calle no es en radio sino torciéndose y como por descuido.

La disposición de las casas es en orden cerrado. No hacía falta un corral donde guardar aperos y utillajes, ya que el pueblo estaba concebido para unos obreros: los de las salinas en su mayor parte. Por tanto, las casas se reducen, en líneas generales, a ser simplemente habitación. La dedicación creciente al campo, al ir disminuyendo la explotación salinera, es probablemente lo que dio origen a los barrios fuera de la muralla para la guarda de todo el utillaje, etc. Esto no quiere decir que no haya en la planta baja de las casas del conjunto apiñado cuadras, bodegas y departamentos afines. Pero esto no rompe la validez de lo que hemos dicho: que la casa en Poza era más bien sólo habitación, morada.

V. — LA CASA EN POZA

1) CONDICIONAMIENTOS GENERALES

a) *Los materiales.* Toda la amplia variedad de edificaciones está sujeta en su estructura a una serie de condicionamientos muy dignos de ser tenidos en cuenta (55 bis). El primero a considerar podría ser el de los ma-

(55) Cf. L. TORRES BALBÁS, *La vivienda popular en España*, en *Folklore y costumbres de España*, dirigido por C. CARRERAS Y CANDI, III, Barcelona 1946.

(55 bis) Sobre algunos condicionamientos, cf. F. IÑIGUEZ ALMECH, *Notas para la geografía de la arquitectura española*: «Bol. Real Soc. Geog.», 82 (1964), 355 ss.

teriales disponibles. La piedra, el ladrillo, el barro en adobe o tapial, el hormigón y la madera han sido los materiales tradicionales. En los tiempos modernos se han introducido otros como el hierro y el hormigón armado propiciando unos sistemas de construcción que han conseguido una enorme diaphanidad muy acorde con los deseos de luz en la actualidad, deseos que pueden satisfacerse gracias a los adelantos de la industria del vidrio. A ello también ha ayudado el progreso de las técnicas del aluminio y sus derivados. Asimismo los plásticos, resinas, neoprenos y policloruros han supuesto nuevas soluciones de juntas y cubriciones como las ya populares cúpulas en «radar».

El ambiente rural se ha caracterizado por su apego a la tradición en cuanto a materiales y formas rústicas y sencillas. Lástima que hoy nos encontremos, a veces, por un afán lícito de funcionalidad o comodidad e higiene, con formas que rompen el ritmo de la arquitectura de nuestros pueblos estropeando su estampa tradicional.

Nuestro pueblo es la conjugación del barro y la madera y, en menor medida, la piedra, es decir, los materiales del país. Una vez más se cumple la norma de que los pueblos son un producto de la tierra (56). La arquitectura queda así entroncada con la geografía y con el suelo, no sólo en el sentido de que modifica la facies de la tierra creándola de alguna manera, sino en el sentido de que es una continuación de la misma facies original. Esto cuando la arquitectura es, como en el caso que nos ocupa, una arquitectura natural y sencilla sin los artificios que la técnica moderna introduce.

b) *La función.* Un segundo condicionamiento de la estructura de los edificios es su función. Entre toda la variada gama de edificaciones destacan las construcciones que el hombre ha hecho para su morada, para vivienda. En nuestras ciudades hoy, salvo raras excepciones, la vivienda es sólo morada. Pero en momentos anteriores la vivienda era, además de morada, lugar de trabajo, por lo cual venía a reflejar, juntamente con las formas de organización familiar, etc., también la actividad económica. Este carácter persiste aún en gran medida en los medios rurales. Aquí, aunque el trabajo se realice en gran parte fuera de casa, ésta se halla concebida en orden a las exigencias de ese trabajo. La utilización de la casa depende en gran medida de tales exigencias. Teniendo en cuenta que la estructura de una casa se ordena a su utilización, en un medio rural hay que considerar esa utilización en una amplitud mucho mayor que en cualquier otro medio, ya que la casa sería un reflejo de la actividad humana práctica-

(56) Cf. P. GEORGE, *o. c.*, p. 200.

mente entera. Según los trabajos en que se emplee la familia rural la estructura de la casa toma muy diferentes modalidades. Así se diferenciará claramente la disposición de una casa habitada por una familia netamente ganadera de la de una casa predominantemente agrícola. Con esto se cumple otra norma: que el pueblo es también producto de la estructura social. Las casas de Poza nos muestran en su conjunto que sus moradores no tenían como principal ocupación el campo.

c) *El clima.* Podemos considerar en tercer lugar el condicionamiento del clima. Ya desde el principio el hecho de que el hombre buscara un refugio más o menos elemental estuvo motivado en parte por las condiciones climáticas. Esta dependencia del clima a la hora de adoptar y adaptar la vivienda ha sido una constante a través del tiempo. Hoy, dados los medios de acomodación y mejora de las viviendas, esto cuenta menos, aunque tampoco se olvida totalmente. Como en otros casos es en el ambiente rural donde más fácilmente pueden observarse las consecuencias de esta circunstancia. La simple orientación de una casa, si está construida aislada, normalmente ha sido pensada en función del sol, los vientos y las lluvias. Decimos «si está construida aislada» porque en el conjunto de un pueblo y mucho más de una ciudad otros factores disminuyen la importancia del factor clima a la hora de la orientación de los edificios. En una ciudad la secuencia de edificios lleva consigo un ritmo que altera de manera considerable las ordenadas del factor clima. En un pueblo ocurre algo parecido, pero en medida mucho menor porque el conjunto de edificaciones es también menor.

Este condicionamiento del clima explica la tendencia a orientar la casa hacia el saliente como una búsqueda del suave calor del sol en los comienzos fríos del día, tratando de esquivar el fuerte azote del viento, del cierzo especialmente, sobre la fachada principal. Siempre se han considerado las habitaciones que dan al norte como las más frías. El grosor de los muros en el armazón de la casa puede indicar también una relación con el clima. Una casa de planta baja en un pueblo soleado de Andalucía no tiene el grueso muro de un antiguo caserón del norte. En estos gruesos muros de los lugares norteños suelen encontrarse unas ventanas de pequeñas dimensiones, protegidas con contraventanas llamadas vidrieras por los naturales del país. Esto ofrece contraste con las amplias balconadas de otros lugares. Dentro de estas zonas frías son muestra de cierta benignidad en el clima las galerías corridas de madera, no en saledizo por aquí sino introducidas en el volumen de la casa, con un sobrealero en algunas ocasiones para resguardo de la lluvia. Son estas galerías las que han dado origen a los miradores acristalados, pudiendo observarse aún en algunos lugares la transición

de una forma a otra (57). Otro detalle de las edificaciones que puede enlazar con el clima es la altura de los techos de las habitaciones. Normalmente en los lugares fríos los techos suelen ser bajos, si bien esta característica puede también depender de la modestia de la construcción.

En Poza, notando que el conjunto del pueblo se abriga en la ladera, el factor clima se aprecia menos en la disposición de las casas en particular, sobre todo en cuanto a su orientación. El mismo número crecido de edificios y su característica de apiñamiento explican el menor influjo de este factor en la casa individualmente considerada.

c) *El solar.* Otro condicionamiento en la estructura de la casa lo plantea la capacidad del suelo aprovechable para la construcción. Actualmente en la expansión de nuestras ciudades ha jugado un papel importante la especulación del suelo. Esto ha influido en unas formas de urbanismo generalmente incómodas. No han sido circunstancias geográficas las que han motivado, por ejemplo, urbanizaciones tipo colmena. Pero hay en este punto condicionamientos que proceden del mismo suelo. No es lo mismo construir en una ciudad llana como Vitoria a hacerlo en Bilbao, que hoy necesariamente tiene que ir aprovechando todas las laderas por imperativo vital del crecimiento.

Este condicionamiento del suelo se da también en el ámbito rural a pesar del poco espacio que normalmente ocupa un pueblo. Y es que, dada la multiplicidad de los núcleos rurales, necesariamente su asentamiento ha de encontrar las variedades topográficas más diversas. Esto sin tener en cuenta para nada las motivaciones que hayan podido causar los nacimientos de dichos núcleos.

El edificar en llano o edificar en ladera influye no sólo en la casa sino también en la estructura del plano del pueblo. En el llano es más fácil la edificación reunida, mientras que en la ladera la misma búsqueda del lugar más apto deja a veces las construcciones aisladas. Sin embargo, en otras ocasiones un poblado en la ladera se ha convertido en el ejemplo de lo más apiñado posible. Esto ha sido alguna vez debido al interés por encerrar dentro de una muralla el mayor número posible de viviendas. Este mismo interés ha provocado la elevación de las casas en varios pisos en zonas donde lo normal es un solo piso. Ambas cosas son las que han ocurrido en nuestro pueblo: el apiñamiento y la elevación de las casas. Igualmente, no ya en el plano apiñado o disperso del pueblo, sino en la misma casa influye

(57) Cf. N. GONZÁLEZ, *Burgos. La ciudad marginal de Castilla*, Burgos 1958, p. 57. (Véanse notas a las láminas 8 y 9). Se ha ocupado de esta cuestión F. INRIGUEZ ALMECH, *l. c.*, p. 358.

el desnivel. En el llano todas las paredes arrancan de la misma altura del suelo. Cuando hay desnivel no todas las paredes tienen la misma altura, dando esto posibilidad a entradas a distinto nivel desde la calle sin escalera exterior.

Al lado de estos condicionamientos ya mencionados, materiales, función, clima, solar, podrían enumerarse otros más, como la necesidad o no de defensa mutua o incluso determinadas concepciones religiosas cuya acción puede a veces observarse en algunos pormenores de la construcción (58).

2) EL SOPORTAL EN LA PLAZA

Poza de la Sal nos ofrece ya un ejemplo claro aunque elemental de lo que es el soportal en la Meseta. En muchos pueblos de la Meseta nos encontramos casas de soportales formando algunas veces plaza. Estos soportales dan lugar a un espacio cubierto y protegido, abierto a la calle. Esta zona de resguardo lo es tanto con respecto a la lluvia en el mal tiempo como respecto al sol en el verano. Los soportales, a la vez que forman parte de la vivienda, son más propiamente parte de la calle, de suerte que pueden considerarse como una transición entre la vivienda y la calle.

Respecto a los soportales escribe C. Flores: «La existencia de estas zonas de transición entre lo que es propiamente espacio interior y privado —la vivienda— y el espacio exterior, común a todos, que es la calle, se remonta a épocas lejanas. El ágora griega y el foro romano ofrecían ya modelos bien caracterizados de estos lugares, mitad interiores, mitad exteriores, aprovechados por los ciudadanos para sus encuentros y relación. Pero, antes que ellos, pueblos y culturas orientales correspondientes ya a períodos históricos e incluso a asentamientos humanos protohistóricos y aun prehistóricos parecen haber hecho uso de este espacio interior-exterior. Cuando el hombre neolítico sitúa delante de su refugio un armazón de palos verticales y horizontales que cubre en parte con ramaje, puede decirse que ha nacido la función y hasta cierto punto el modelo de lo que llamamos soportal. Al correr de los siglos el desarrollo arquitectónico de este elemento ofrecerá fases diversas llegando con el renacimiento italiano y sus bellísimas «loggias» a un equilibrio plástico y belleza insuperables» (59).

Respecto a la aparición del soportal las razones parecen fundamentalmente de índole funcional. La necesidad de poseer un espacio exterior, in-

(58) Cf. M. SORRE, o. c., p. 99.

(59) C. FLORES, *Arquitectura Popular Española*, III, Bilbao 1974, p. 144-145.

mediato a la vivienda, protegido hasta cierto punto de las inclemencias del tiempo, está seguramente en el origen del soportal. El comercio constituyó en muchos pueblos la causa determinante también de la aparición y proliferación del soportal. En las tierras de la Meseta norte, cubierta de pueblos pequeños, el comercio no existía prácticamente más que en las villas, pueblos más importantes, y las ciudades que constituían los centros focales que cubrían en este sentido las necesidades de toda una comarca.

Poza de la Sal era una de estas villas. Es obvio pensar que los soportales que forman la plazuela de Poza (La Plaza Vieja), si no nacieron por el comercio, se vieron pronto invadidos por él. Son unos soportales en estado puro, nada de sofisticación, con sus postes de madera apoyados en base de piedra o directamente sobre el suelo. La irregularidad del entorno de la plazuela les da un encanto singular, así como también su diferente altura.

Alrededor de esta plazuela, que para mayor irregularidad incluye como dos plazuelas unidas, se agrupan apiñadas las viviendas de Poza. Dichas viviendas ofrecen gran contraste en sus edificaciones. Según la diversidad de sus habitantes así fue la calidad y amplitud de sus viviendas.

3) CASA SEÑORIAL

Una de las casas que vamos a describir aprovecha la misma muralla como una de sus fachadas. Esta casa, aunque ahora está habitada por campesinos, no perteneció en épocas anteriores a este sector social. Ocupa una gran superficie teniendo solamente dos fachadas exentas, la fachada principal mirando a la plaza del Ayuntamiento y la fachada opuesta a ésta, que es sencillamente la muralla medieval. Se desarrolla la casa en dos planos: la planta y el piso. La planta queda dividida en un amplio y elegante portal empedrado y una cuadra o caballerizas. Un arco apoyado en columnas de piedra da comienzo a la ancha escalera que conduce al piso. En el primer rellano de la escalera se abre una portada, también en arco, donde se inicia una galería subterránea que posiblemente comunique con el castillo o al menos sea una salida secreta a cierta distancia de la muralla. La ancha escalera muere en un amplio salón cuadrado con gran claraboya central como medio de iluminación.

De este salón parten todas las dependencias de la casa. A la derecha dos amplios dormitorios; a la izquierda, un enorme dormitorio y un saloncito por donde ahora han abierto otra puerta como horadando la muralla y haciendo escalera exterior para igualar el desnivel.

Esta casa conserva en la actualidad un departamento situado paralelamente a la escalera y al que se llega subiendo tres escalones. Por su remate en cúpula y restos de pintura en las paredes se supone estuvo dedicado a capilla. Su forma es cuadrada con cubierta de cúpula. En la actualidad lo utilizan sus dueños como un simple trastero.

Hay que anotar aquí que los dueños actuales compraron esta casa recientemente y la emplean según sus necesidades, haciendo las modificaciones que a ellos puedan convenirles, sin tener muy en cuenta si rompen o no la armonía de esta señorial mansión.

Su alzado debió caracterizarse por la ausencia de huecos. Los muros son de casi un metro de espesor y de más de un metro en la fachada que aprovecha la muralla. La luz debió ser de claraboya en todas sus dependencias, al igual que la conservada en el gran salón central. En la actualidad estas posibles claraboyas están cerradas y han abierto algunas ventanas rompiendo la muralla.

Pero este tipo de casa no es el más abundante en Poza.

4) LA CASA REPRESENTATIVA DE POZA

Los habitantes de este pueblo se caracterizaron por su desigualdad económica, siendo unos pocos dueños de la tierra y las salinas. La mayoría eran jornaleros de éstos y había una clase social intermedia que poseía alguna tierra de cultivo y algunas salinas. Los jornaleros tenían un tipo de casa sencilla y pequeña, estrictamente lo necesario para la vivienda. No necesitaban otras dependencias para la conservación de productos y guarda de ganados o aperos. El campesino perteneciente a la clase social intermedia necesitaba una casa con dependencias para los animales de labranza, aperos y conservación de productos. Estos modestos campesinos tenían una casa independiente con planta baja para cuadra y bodega, pisos primeros y segundo para la vivienda y el último o desván para la cocina y guarda de productos.

Por lo general las casas de Poza son de poca superficie, compensando esta estrechez con varios pisos. Presentan además un saledizo en cada uno de los pisos en muchas ocasiones. Este saledizo es pequeño, pero se repite en cada piso consiguiéndose así un poco más de superficie. El saledizo se apoya sencillamente en las vigas que sobrepasan unos veinticinco centímetros el muro de la fachada. Esta característica es casi general.

La vivienda ocupada por los jornaleros es siempre pequeña y con varios pisos, tres de ordinario. Esta casa es la típica casa de vecinos pero con

una peculiaridad, y es que, por encima de estos tres pisos, el cuarto piso o desván está dedicado enteramente a cocinas. Allí tienen la cocina los tres vecinos que viven en la casa. Estas cocinas son las de típica campana con ventana al tejado por una mansarda, o sin ventana, con la sola luz que penetra por la campana, o con una teja de cristal. Teniendo en cuenta la estructura de estas cocinas no era posible tener una en cada piso. De ahí que cada vecino tuviera la suya en el último o desván. El piso de cada vecino es muy reducido, limitándose a dos o tres dormitorios y un pequeño recibimiento. El alzado de estas casas, igual que el alzado de las de los campesinos, presenta un aspecto pobre, ya que son de adobe y entramado de madera, en muchas ocasiones sin revocar.

El tejado presenta un amplio alero que casi se toca con el alero de las casas de enfrente. Esto hace que la lluvia y el gotear del tejado no puedan casi llegar a las paredes de adobe y madera relativamente endebles. También procuran que, en lo posible, el agua no golpee o salpique en las ventanas de la planta baja donde tenían los campesinos la bodega dedicada a guardar vino, aguardiente o algo de sal, aunque ésta más bien la guardaban en los grandes almacenes hechos expresamente para este menester, dejando en casa pequeñas cantidades para vender por fanegas sueltas a los campesinos de los pueblos cercanos que acudían a Poza a comprar a los particulares la cantidad de sal necesaria para el consumo del ganado y para la salazón de las carnes en la época de la matanza.

5) POZA DE LA SAL O EL ENTRAMADO

En Poza de la Sal alcanza la madera su máxima utilización. Hallamos la piedra en el suelo y en los zócalos de las casas, pero no alcanza las alturas de éstas. Allí se ha elevado el barro gracias a la madera. Tenemos exclusivamente piedra en los almacenes de sal, en el castillo y en toda la muralla. Asimismo el suelo tiene unos magníficos empedrados de cantos gruesos que en las estrechas callejuelas hacen resonar las pisadas con añejas evocaciones. Estos empedrados cubren entero el suelo de todas las calles que se encuentran dentro de la muralla, a excepción de algún tramo donde el cemento ha allanado el firme y roto el encanto de las piedras clavadas. También, en contadas ocasiones, algunas casas, de especial resonancia porque sueñan una singular raigambre, serán enteras de piedra, pero no es este material el que constituye la esencia de las viviendas más numerosas de Poza. La típica casa pozana, de tres pisos, tendrá de piedra únicamente el zócalo, de menos de dos metros de altura normalmente. El resto será barro y madera en entramado. El empedrado de las calles entrará a veces

hasta los portales, pero la elevación de la casa aconsejará no permitir a la piedra alzarse excesivamente del suelo. Las alturas las soluciona y domina el entramado.

«Los entramados de madera —escribe C. Flores— dentro de la arquitectura popular constituyen una técnica de uso muy frecuente y extendido que permite aligerar las fábricas de los edificios... La Meseta norte es una de estas mega-regiones en las que la utilización del entramado alcanza gran importancia variando los tipos del mismo desde el más tosco, compuesto por simples rollizos o maderos apenas desbastados, hasta aquellos contruñidos con maderas perfectamente encuadradas y con arreglo a técnicas notablemente desarrolladas. En cualquiera de sus versiones, el empleo del entramado obedece a razones de evidente lógica y funcionalismo contribuyendo a un ahorro de esfuerzo y material allí donde ello es posible sin detrimento de la solidez y otros aspectos positivos de la obra» (60).

El entramado aligera el peso de la obra al permitir la construcción de muros de poco espesor en comparación con los habituales en las edificaciones populares. Su disposición en forma de montantes facilita la apertura de huecos tanto al ser levantada la obra como posteriormente si fuera necesario. Por otra parte, el entramado no reduce su empleo a los muros y paramentos exteriores, sino que es frecuente también en paredes interiores y tabiques de partición.

«Es normal —dice el mencionado C. Flores— que los entramados consten de elementos verticales, horizontales y diagonales, ordenados con mayor o menor regularidad geométrica según los usos de cada comarca y el modo de hacer de su constructor. En algunos casos menos frecuentes... hemos encontrado un tipo de entramado en estrella que, si bien supone una solución plástica interesante y original, parece resultar menos convincente desde el punto de vista constructivo» (61).

En Poza no encontramos este modelo en estrella. Pero encontramos abundantes ejemplos de los demás modelos, manejados de tal forma que denotan un constructor bien conocedor de su oficio. Las piezas en diagonal son relativamente abundantes, pero hay que hacer notar un detalle característico. En la colocación de estas piezas en diagonal puede observarse frecuentemente en otros lugares esta disposición: la pieza de madera arranca de la parte más o menos central de la pared elevándose hacia el extremo para apoyar en la pieza que verticalmente recoge la esquina. Aquí en Poza no se halla esta disposición, al menos en el entramado visible, sino la con-

(60) *Idem*, p. 136.

(61) *Idem*, p. 140.

traria: las piezas en diagonal parten de los ángulos inferiores de la pared entramada y se elevan avanzando hacia el centro. Entendemos que esto no es capricho ni mera coincidencia. De esta manera el peso de la pared se proyecta hacia el centro, mientras que la otra disposición hace que se ejerza una mayor fuerza hacia el exterior con una estabilidad menor.

Como material de cerramiento del entramado se utiliza el adobe y, en muy escasa escala, el tapial. En cuanto al ladrillo, solamente puede verse donde la necesidad ha obligado a hacer alguna reparación. La disposición del material de cerramiento, adobe o ladrillo, puede hacerse en hiladas horizontales o, con menos frecuencia, aparejado en «espina de pez» o simplemente inclinado. Aquí hay que decir que no se encuentra sino la disposición del adobe en hiladas horizontales.

Al margen del entramado entra también la madera en puertas, ventanas, entablamentos, etc. La madera en los dinteles de puertas y ventanas no es aquí sino un elemento más del entramado. Por encima de éste adquiere la madera un amplio uso en los aleros prolongados que permiten apenas el paso del sol a las estrechas callejuelas al acercarse el de una casa al de la de enfrente. Estos aleros a veces están estupendamente trabajados, de un perfil considerablemente bien logrado a base de canes moldeados.

El barro sigue entrando en la teja, la tradicional teja árabe curva. La teja plana no existe aquí y las placas de pizarra no se ven sino en algún aislado chalet fuera del recinto amurallado. Igualmente, si hay algún edificio de varios pisos de construcción moderna, que en realidad pueden contarse con los dedos de una mano, en los que entre el hierro y el hormigón armado, se hallan también fuera de dicho recinto.

Es el barro en adobe y tapial, entramado en madera, el que constituye el aspecto pintoresco y rítmico de Poza de la Sal. Una vez más también en esto la voz de la tierra es llamada, es grito y es pregón. Grito acuñante como el del sereno que avisaba a los pozanos los cambios meteorológicos de la noche por si en un momento había que correr a recoger la sal talada en las salinas. Pregón que anuncia lo que la tierra trae en sus entrañas, como el del pregonero que gritaba lo que traían las alforjas del día y las más concretas de los mercaderes y feriantes. Una vez más este concierto de los materiales empleados canta que también desde este aspecto es la tierra la madre, la fecunda madre tierra que alumbró nuestras casas.

6) EL PAISAJE DE LOS TEJADOS

En Poza de la Sal, tendiendo la mirada desde el peñascal del castillo, puede contemplarse La Bureba toda. Y, recogiendo esta mirada y volvién-

dola casi en vertical hacia el pie de donde arranca este pico, se siente el vértigo de la altura o de la profundidad, mas se pasa enseguida serenado por la magnífica panorámica que ofrece al cielo el caserío de Poza.

Allá en Los Corralillos o en el barrio de El Cristo hay unas casas sueltas que presentan unos tejados dignos, pero diseminados, aislados, indefensos. En las proximidades alguna casa nueva o algún chalet presenta una cubierta distinta, acaso en pizarra negra u otra solución más o menos moderna.

Pero el caserío que se encierra en la muralla ofrece un espectáculo indescriptible en sus tejados. Cierro es que lo salpican algunos trozos, reducidos, de uralita, unos ocho o diez, puestos como provisionalmente para tapar algún desperfecto. Sin embargo, esto no es suficiente para romper el ritmo de este conjunto de tejados que semeja, en su compacta proximidad, un enorme caparazón que cubriera un gigantesco y sensacional y extraño viviente. Los aleros, todos, se prolongan acercando los tejados, de suerte que desde la altura no se aprecia apenas solución de continuidad. Parece un mosaico programado en tejas, distinguiéndose cada tejado sólo como un recuadro cercado por otros recuadros que son los tejados contiguos. Imposible ver el suelo, que no podemos distinguir si queda cerca o lejos de este tupido tapiz de mortecino encanto. Mil aguas y mil soles y mil escarchas ejercieron su influjo hasta dejar este color apagado a las tejas, que se confunden en su palidez con la piedra teñida de años de la muralla que circunda. Pero no es una palidez triste, opaca, muerta. Es una palidez serena, la palidez curtida que encierra días y meses y años y siglos pasados en sufrimiento y gozo a la intemperie, la palidez que indica, no que se ha muerto ya, sino que se ha vivido mucho. La mancha roja de este mosaico de tejas tiene el sabor de muchos años. El tiempo ha dejado su pátina entre delicada e hiriente y ha matado el rojo vivo que la teja tenía al salir de la tejera. Sólo de cuando en vez un corro o un canal de tejas traiciona la novedad de éstas al destacarse en su color más vivo. Una mano amiga y dolorida tuvo que quitar las tejas viejas, rotas, y poner éstas nuevas. Ya llegarán las lluvias y los soles y apagarán este fuego reciente que arde casi todavía en el barro curvo de la teja nueva. El contraste de ésta nos habla del daño que las heladas y los calores hicieron sobre el tejado delicado y expuesto. Pero no es suficiente, como no lo eran los trozos de uralita, para romper el ritmo del rojo mortecino. Y, si agudizamos nuestra mirada, vemos entre ese rojo una amalgama de colores indefinidos casi: son los que un musgo, apenas distinguible poco más que por su color, dejó cual manto de protección. Van desde un verde flojo hasta un ocre casi amarillo y ponen una nota como de melancolía en la coqueta ondulación de los canalones.

La perspectiva de este conjunto de tejados se ofrece en un círculo casi perfecto. Al no ser sus límites líneas rectas, duras, sino como en bordes embotados, parece que no acaba. Son escasas las mansardas y abundantes las chimeneas. Como son casas de varios pisos, con las cocinas, como ya hemos visto, de tiro independiente en el desván, las chimeneas proliferan, tanto más cuanto que a esas cocinas antiguas hay que añadir las nuevas, hechas ahora en cada piso. Estas chimeneas son, en su mayoría, sencillos prismas cuadrangulares de alrededor de un metro de altura. A veces, quedan reducidas a un tubo de uralita, acaso alguna nueva de las cocinas de cada piso o de alguna «gloria». Pero está ausente la chimenea monumental, típica de las cocinas de campana, que protege su exterior de la acción de los agentes atmosféricos mediante un revestimiento escamoso constituido normalmente por pequeños fragmentos de tejas superpuestos. Si alguna vez existió sobre los tejados de Poza ha desaparecido probablemente por el peso que suponía para la cubierta. Sea ello como quiera, no queda desvirtuada la visión que ofrecen estos tejados al atrevido que acertó a subir al castillo y pudo desde aquí, superando el vértigo, gozar de un encanto más que encierra esta villa.

Los tejados de Poza miran hacia el cielo como todos y se dejan ver como no hacen todos. Los tejados que tapan tantas penas y tantas alegrías, que tanto saben de secretos, de amores y dolores, pueden en nuestro pueblo ser contemplados desde el castillo como un elemento más del paisaje, entrando a formar parte de la geografía de los colores. Y hacen que sea cierto una vez más que el paisaje no es sólo natural sino también obra de los hombres.

7) LOS DESAGÜES

En los tiempos anteriores a la instalación del agua corriente las aguas residuales se vertían directamente a la calle y discurrían por unos albañales o alcantarillas descubiertas, canalejos hechos de piedra o cemento que bajaban a lo largo de las calles por medio del empedrado. El desnivel en que se encuentra el pueblo facilitaba esto. A estos canales se abrían de cuando en cuando otros pequeños canales que salían de alguna casa. Hay que hacer la observación de que tales albañales traían ya una corriente de agua limpia que arrastraba consigo las aguas residuales que se vertiesen. De este modo estos canales siempre tenían agua. Lo contrario habría sido demasiado antihigiénico. Y, aun así, no faltaban a veces los malos olores que las boñigas de los animales que transitaban por las calles venían a completar. Pero aun



con eso tenían estas calles un encanto especial, con sus empedrados de gruesos cantos divididos mitad por mitad por el canalejo que pasaba por medio.

Cierto que, si desde el punto de vista funcional, ya estos empedrados de cantos crecidos son incómodos para el tránsito tanto de personas como de animales, el canal que partía la estrecha callejuela hacía aún más difícil dicho tránsito. El paso de las personas esquivaba el albañal, pero los animales no lo hacían así. Y era curioso escuchar el sonar de las herraduras contra las piedras semirresbalando y de vez en cuando el chapotazo de una pata con el agua del canalillo. Y entonces era interesante también escuchar las palabras fuertes de un inédito diccionario secreto de estas tierras con el enfado de unos y el regocijo sin disimulo de otros.

Hoy algunos de estos empedrados se han cementado en calles por donde podían transitar los coches. Seguramente pudo hallarse otra solución, como un empedrado menos accidentado, con cantos más pequeños, de suerte que resultase menos incómodo sin perder del todo su sabor. Pero por fortuna son muchas las calles que conservan aún su antiguo pavimento. En algunas todavía puede verse el típico albañal, que otrora fuera con agua, ahora ya seco. A ratos se halla quebrado. Ya no fue necesario el arreglo de los desperfectos. Y entonces el canal roído parece más pequeño, cual si nunca hubiera servido para lo que fue empleado. Ya no baja por él el agua haciendo rizos y trezándose al chocar con los laterales, pero lleva la nostalgia de los largos días y las noches largas en que abrazó el agua que se escabullía en una canción de rauda despedida.

La instalación del agua corriente ha secado estos canalillos para siempre y, en la ganancia de higiene y funcionalismo, ha quitado definitivamente una pincelada de tipismo a estas calles entrañables. Por supuesto que ahora el alcantarillado es subterráneo e invisible y conduce limpiamente las aguas hasta el desagüe final. Pero parece como si Poza no se hubiera resignado a no dejar muestras externas y visibles del paso de sus aguas.

En efecto, aquí y allá, las gruesas tuberías de desagüe salen al exterior de las paredes asomando a la calle su volumen entero. En los pueblos donde el caserío es de planta y piso no hay problemas en este aspecto. Pero aquí ya sabemos que las casas alcanzan hasta tres pisos y aun cuatro a veces. Normalmente en ningún edificio la tubería de desagüe va embutida en la pared propiamente tal. Más bien queda adosada por su interior en partes donde sea fácil disimularla. Mucho menos va a embutirse cuando la instalación de las tuberías es posterior a la construcción de la casa. Esto ha ocurrido aquí en Poza con una dificultad especial. Si es difícil romper una pared de mampostería, por ejemplo, para incrustar algo en ella en toda su altura, mucho más lo es cuando se trata, como ocurre aquí tan frecuente-

mente, de paredes construidas en entramado. Romper la pared para hacer una ventana resulta mucho más sencillo en la de entramado que en cualquier otra, ya que no se resiente el resto de la pared por ir como dividida en fragmentos por las piezas de madera horizontales, verticales o diagonales. Pero el intentar rasgar la pared en toda su altura sería peligroso, ya que tendría necesariamente que romperse alguna pieza de madera quedando los adobes o el tapial sin soporte.

Ahora bien, esto ni se ha pensado siquiera. En algunos casos se han tirado las tuberías por el interior como parece lo normal y se habrán disimulado quizás en la medida de lo posible. Pero en otros casos, como hemos dicho, se han echado por fuera. Y no se ha intentado en absoluto disimularlas. Desde luego que no contribuyen de ningún modo a la estética de las paredes y de las casas y del conjunto en general, pero ahí están como una muestra bien visible de que el agua no se desagüó siempre así. Ellas en la pared y los restos de los albañales en el suelo pregonan a dúo el cambio de unos elementos de urbanización y el cambio de un aspecto de la vida.

Las tejas normalmente dejan caer el agua desde los goteadores al suelo. Pero en algún caso este agua lo recoge un canalón de zinc y lo vierte al suelo por otro tubo también de zinc que desciende pared abajo. Entonces, con estos tubos y los de desagüe, casi puede decirse que, frente al entramado de madera, tenemos un entramado superpuesto de tuberías de un signo estético marcadamente distinto. Es el pago quizás que hay que tributar a un progreso y a una comodidad, si bien pensamos que podían haberse compaginado estética y comodidad de una manera mucho más armoniosa. Pero de hecho ahí están esas fachadas, como apuñaladas por los tubos que bajan en vertical o inclinados o las atraviesan sin miramiento y sin pudor, saliendo y entrando a su antojo por la pared que sufre, muda, semejante osadía.

En relación también con el agua merece la pena recordarse algo de muy distinto sabor. Tenemos en Poza de la Sal unos restos arqueológicos, que no pasan por tales en la conciencia de quienes los ven continuamente, ya que siguen hoy ejerciendo una función. Se trata de un acueducto o miniacueducto que lleva aún hoy el agua de la fuente de Las Tenerías al barrio de Los Corralillos. Hemos hablado ya de que aquí tuvo su emplazamiento una ciudad romana. Teniendo en cuenta dónde se encontraba su ubicación exacta no extraña la construcción de este acueducto. Tres arcos de escasa altura —no era necesaria más—, sostienen el conducto del agua formado por pequeñas piedras acanaladas. Esto nos da idea de las reducidas dimensiones que tenía o, mejor dicho, tiene.

Otra vez en Poza las piedras tienen un sabor de siglos y, aunque entre ellas crezcan las zarzas y las ortigas, ofrecen al extraño más interés del que puede imaginar quien pasa junto a ellas descuidadamente cada día.

8) LA CALEFACCION

Teniendo en cuenta las bajas temperaturas a que llega la zona en que se ubica nuestro pueblo es lógica la preocupación y el empeño por defenderse del frío. El grosor de los muros de las casas, la poca altura de sus techos, las reducidas dimensiones de muchas de sus ventanas pueden ser muestras de ese empeño.

El pueblo en su conjunto está orientado hacia el este. Y las casas individualmente, dentro de lo que el ritmo del conjunto lo permite, tienen también su fachada principal al este. Aquellas cuya posición en la calle no permite esta orientación se encaran a las anteriores dirigiendo así su mirada al oeste, siendo pocas las que han vuelto sus puertas al sur y menos aún las que lo han hecho al norte. Esto en cuanto al aprovechamiento de las circunstancias meteorológicas o a la defensa frente a ellas. Pero el hombre ha intentado además siempre adoptar algún calor que contrarreste las inclemencias del tiempo. Ha buscado el fuego o ha buscado, como ocurre en otros lugares de esta comarca y en alguna medida también aquí, la compañía de los animales.

En las casas que tenían animales la presencia de éstos, con todos los inconvenientes de malos olores, deficiencias higiénicas, etc., no dejaba de ser un alivio frente al terrible enemigo de estas tierras: el frío. La cercanía de los animales quita un poco la «friura» a toda la casa. Y no sólo esto. Teniendo en cuenta que la leña no puede estar ardiendo todo el día, ya que las existencias no habrían dado abasto para ello, la cuadra se convertía en una sala de estar.

Efectivamente, se encontraba en la cuadra una porción destinada a estancia para aprovechar el calor de los animales. Junto a la ventana, una superficie de mayor o menor tamaño, hasta unos quince metros cuadrados, se diferenciaba del resto de la cuadra. El suelo era tierra batida que podía barrerse fácilmente hacia cualquier parte de la cuadra cubierta en mayor o menor medida por el estiércol. No faltaban ocasiones en que este espacio se hallaba más perfeccionado, convertido en una especie de templete. Sobre el suelo se alzaba, a menos de medio metro, un entablado de ripias sobre toscos machones rodeado de una barandilla con una entrada a la que se subía mediante uno o dos escalones según la altura. De esta forma, aparte

de una mayor limpieza, se ganaba también calor, ya que la madera es más cálida que la tierra batida. Aquí pasaban, sobre todo, las tardes del invierno, juntándose las vecinas para hacer sus labores y charlas. Los hombres lo usaban menos, ya que su trabajo los apartaba más de casa.

Estaba además la cocina de campana. Pero la cocina, aparte de sus funciones específicas, era el sitio para calentarse un momento, pero no era el sitio de estar al calor todo el día. Pensemos por otra parte que en la tarde la cocina estaba apagada. Se encendía desde la mañana hasta la hora de comer. Luego no se volvía a encender hasta la hora de preparar la cena y cocer los piensos y forrajes para los animales. Recordemos que normalmente se comía en la cocina. Durante el tiempo de la comida la llama alegra el hogar y los miembros de la familia entran en calor entre la comida, la convivencia y el fuego. Pero era después de la cena cuando la cocina se convertía en sala de estar donde pasar un rato hasta la hora de acostarse.

En los días crudos del invierno las cocinas de humo nunca son excesivamente cálidas. Las puertas no siempre ajustaban bien, y por ellas y la chimenea penetraba el frío, de suerte que, alrededor del fuego del hogar, se calentaban un poco o acaso demasiado por delante, pero permanecían frías las espaldas. En Poza las cocinas de toda la casa estaban en el desván. Eran normalmente tres correspondientes a los tres pisos de la casa. Estas cocinas de Poza tienen generalmente campana pequeña, pero siempre campana, no chupón u otra solución similar. Podemos imaginarnos que, si no muy cálida, la estancia en estas cocinas pozanas sería muy grata y pintoresca, desenfadada y picante, al encontrarse prácticamente juntos los componentes de las tres familias de cada casa, teniendo en cuenta el carácter alegre y despenado de los joviales y desenfadados pozanos.

Llegaron las cocinas «económicas» y solucionaron, donde se instalaron, algunos de los inconvenientes de la cocina de humo. Mas quebraron en Poza, al situarse en cada piso, el encanto de aquellos desvanes-cocina, tan dignos de que un Diablo Cojuelo los hubiera pasado revista. Pero estas cocinas «económicas» no lo son tanto y, por eso, aún podemos encontrar a veces algunas gentes «arrimadas a la lumbre». Sin embargo puede decirse que esta cocina de chapa ha sustituido a la cocina de humo, sobre todo por lo que se refiere a las funciones culinarias, actualmente satisfechas más frecuentemente mediante el uso del butano.

De cara a la calefacción ha sido la «gloria» la que ha solucionado normalmente el problema por esta comarca desterrando para siempre aquellas estancias en las cuadras. La gloria, hay que decirlo, no es originaria de estas tierras, pero ha sido aceptada con buena acogida. También en Poza

ha tenido cierta entrada, si bien la estructura de sus casas no propicia su uso, ya que la gloria prefiere lógicamente la planta baja.

Usadas desde tiempos remotos en Castilla las glorias suponen una clara derivación de los *hipocaustos* romanos, que, como indica su etimología (62), eran un dispositivo de calefacción colocado bajo las construcciones que debía calentar. Lo había bajo los baños, bajo las casas privadas, a veces bajo una sola pieza de la casa. Los hipocaustos estaban ordinariamente situados en el subsuelo, y a primera vista parece difícil que fuera de otro modo. Se conoce, sin embargo, un pequeño número en el primer piso, entre otros el de la Casa de las Vestales en el Foro romano. El principal combustible de los hipocaustos era el carbón de leña (63).

No hay un modelo único de gloria, pero lo esencial de ella consiste en que la habitación que tiene este tipo de calefacción y recibe dicho nombre está cruzada bajo el suelo por una galería más o menos ramificada por la que circula aire calentado por el fuego encendido en la boca inicial de la mencionada galería (64). A veces este sistema de calefacción puede extenderse a distintas dependencias, si bien generalmente, al menos por aquí, queda reducido a una sola habitación. Aunque lo normal es que la gloria se halle en la planta baja, nosotros hemos podido ver un ejemplo de gloria en el primer piso: al hogar de una cocina de chupón se abría la galería principal de la gloria, que se encontraba, por tanto, contigua a la cocina y a unos setenta y cinco centímetros sobre el nivel de ésta. A ella se accedía desde la cocina mediante unos escalones. Con esta solución, incluso sin encenderse expresamente la gloria, ésta podía calentarse con el solo fuego de la cocina. Más frecuente es que la misma cocina sea a la vez gloria, pero en la planta baja.

La gloria es probablemente originaria de Tierra de Campos. En un terreno de casi monocultivo cerealista con abundancia de paja, ella supuso un sistema de calefacción eficaz, relativamente cómodo y barato al usarse como combustible la paja. Ciertamente que si inicialmente la escasez de leña y la abundancia de paja propiciaban el uso exclusivo de ésta, hoy se usa como combustible cualquier tipo de leña u hornija, sin excluirse por supuesto la paja. Pero además ésta ha perdido condiciones para la gloria, puesto que la paja que dejan las cosechadoras no está molida y aplastada

(62) Del griego *hypò-káio* = quemar debajo.

(63) Véase sobre el hipocausto DAREMBEG-SAGLIO, *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*, París 1877-1919, s. v. *Hypocaustis, hypocaustum*.

(64) Una descripción de la gloria puede verse en L. TORRES BALBÁS, l. c. p. 268-269.

como la dejaba el trillo y, en consecuencia, es menos apta para enrojar, que es como se llama la operación de calentar la gloria.

De cualquier forma este sistema de calefacción es algo tan efectivo y práctico que, no sé si ocurre en Poza, pero en otros pueblos de la comarca, incluso en casas nuevas donde se instala calefacción a base de agua y radiadores, una habitación de la planta baja suele disponerse como gloria.

9) EDIFICIOS COMPLEMENTARIOS

A) Ni que decir tiene que a conformar el paisaje arquitectónico contribuyen también otros edificios al margen de los que componen la vivienda y sus más inmediatos aledaños. Los edificios religiosos suelen resaltar en primer lugar. También aquí sobresale la iglesia parroquial, gótica del s. XV, amplia y rica en arte, monumento nacional, que está magníficamente restaurada y limpiada. Amén de la iglesia parroquial, salpican, con sus modestos alzados, las cercanías de nuestros pueblos las ermitas, que suponen momentos religiosos de índole particular y lugareña y significan fiestas y romerías, alivios del costoso esfuerzo de cada día. En Poza, desde la altura del castillo, me mostraron los lugares que ocuparon hasta quince, algunas aún en pie, número que habla, si no de la religiosidad de los pozanos, sí de sus gremios, cofradías, romerías y devociones. Entre ellas encontramos nombres tan populares como San Roque, San Martín o San Blas, y otros más particulares como San Millán, San Zadornil, San Román... Hasta hoy conserva su vigencia la fiesta de la Virgen de Pedrajas, patrona del pueblo, cuya ermita centra la devoción mariana de Poza y sus alrededores. Necesariamente hay que recordar, ya que es la patrona de los salineros, la ermita de la Magdalena, cercana a un almacén de sal que lleva también el nombre de la santa.

B) Al lado de los edificios religiosos los de la administración y las escuelas. En Poza de la Sal el edificio del Ayuntamiento, como no podía por menos, ha usado, frente al barro, también la piedra noble y se ha servido de la muralla como de una de sus paredes. Muestra el Ayuntamiento ese cariz popular tan sabroso al ser un poco de todo: en la misma entrada nos encontramos con la placa que anuncia la central de teléfonos. En un extremo del edificio del Ayuntamiento, siguiendo la línea de la muralla, se encuentra el «conjuradero». Orientado hacia el sur, es el conjuradero como un balcón de piedra que se asoma al campo. Su función era la de servir como enclave ritual para conjurar las tormentas. A cualquier hora del día o de la noche podía el sacerdote ser requerido para hacer el conjuro. Esto

explica quizás que la casa rectoral ocupe un lugar inmediato también en la misma muralla. En este rito se empleaba agua bendecida el día de San Gregorio Ostiense, traída expresamente para esto desde Los Arcos de Navarra, donde se encuentra un santuario dedicado a dicho santo, que en tiempo de peste vino, enviado por el Sumo Pontífice, a predicar y animar a los moradores de aquellas tierras navarras. Un «propio» enviado por el Ayuntamiento iba de Poza de la Sal a Los Arcos de Navarra con el cometido de traer esta agua bendita.

Las escuelas son fácilmente distinguibles al pasar por un pueblo dadas sus peculiares características. Por si éstas fueran poco significativas un amplio letrado nos indica en Poza el Grupo Escolar. Concentra dicho grupo, además de los niños de Poza, niños de diversos pueblos cercanos que quedaron sin escuela al irse despoblando. Tales niños vienen cada día recogidos por los autobuses del transporte escolar o viven aquí de modo habitual en un pequeño llamémoslo internado.

Hay también en Poza un salón que puede servir para teatro-cine igual que para una reunión de tipo cultural o similar con un reducido aforo: unas doscientas personas.

C) Entre los edificios comerciales merecen especial mención los monumentales almacenes salineros. Estos edificios datan de la época de Felipe II e inmediatos sucesores, cuando la explotación y venta de la sal cobró tanta brillantez. En la actualidad casi todos estos grandes almacenes están en ruinas, ofreciendo sólo el aspecto externo en parte y la monumentalidad de lo que en otros tiempos fueron. Hay varias edificaciones de éstas repartidas por las laderas próximas a las salinas. Dos se encuentran en el mismo pueblo. Son éstos los mejor conservados, manteniendo su forma externa intacta aunque en su interior están muy transformados. Los de las laderas de las salinas están en peor estado. Aunque sus materiales, piedra labrada y madera, y su construcción fueron inmejorables, el tiempo y el abandono han hecho que en la actualidad estén así y se utilicen, con adaptaciones recientes, como apriscos o majadas de ovejas. La estructura es muy parecida en todos ellos. Describimos uno que, aunque sin tejado y con una de sus paredes caída en parte, deja entrever su perfecta distribución, belleza y grandiosidad.

Su fachada principal se orienta hacia el sur y mide 34,40 metros. Esta fachada y la trasera presentan amplios ventanales. Las paredes laterales son ciegas, excepto en un pequeño torreón de la esquina, y se refuerzan con tres gruesos contrafuertes que se escalonan aumentando en anchura y decreciendo en altura a medida que descende la pared en la ladera. En realidad los tres contrafuertes tienen la misma altura en metros a partir del

suelo, pero al seguir el declive de la ladera su extremo superior queda en cada uno un poco más bajo que en el anterior. El primero de ellos mide en su base 5,35 metros de ancho y 2,90 de profundidad o saledizo.

La fachada principal presenta tres amplias puertas arqueadas, la central aún más grande que las laterales. A cada lado de la puerta central hay un amplio ventanal enrejado. Las fuertes rejas de estos ventanales fueron forjadas en las fraguas de Poza que ocuparon posiciones junto a la muralla para prevenir el peligro del fuego y modelaron también algunos balcones y los herrajes de las puertas que pueden verse en las casas del pueblo. En la parte superior cinco ventanas corresponden simétricamente con los huecos de la parte baja.

Hay que hacer notar que, aunque una de las esquinas de esta fachada está en ruinas, se comprueba, por la fachada lateral, que el edificio remataba en un torreón. Este estaba destinado a la vivienda de los guardas del almacén: la Guardia de las Reales Salinas. La fachada posterior sólo en la parte alta presenta dos ventanales amplios y muy próximos entre sí.

Las tres grandes puertas en arco de la fachada principal dan paso a todo el interior del almacén, pues hay intercomunicación. La división es simétrica y armoniosa, comunicándose entre sí las distintas dependencias también por medio de puertas arqueadas de gran altura. El motivo de la altura de las puertas tanto exteriores como interiores fue el realizar dentro del edificio el trabajo de carga y descarga de la sal. Este trabajo en el interior no era mero capricho, sino más bien una necesidad dada la delicadeza de la sal en momentos de lluvia.

Cada almacén recibía la sal de un determinado número de salinas a él asignado. Las salinas, como queda ya indicado anteriormente, según sus materiales de construcción, daban una sal de calidad diferente en finura, blancor, etc. Esto nos aclara las divisiones en departamentos que presentan los almacenes.

D) No es fácil olvidar el castillo que es una pieza esencial en el conjunto del pueblo. Asentado sobre un elevado peñón que señorea la villa y gran parte de La Bureba, fue erigido en el s. IX para afianzar los avances de la reconquista nacional. Tiene su entrada por la parte que se vuelve hacia el páramo, la opuesta a la depresión que ocupa el pueblo. La subida al recinto del castillo comienza entre dos cubos solitarios, que formaron la portada, y se encarama después por la roca de tal manera que hoy entraña un riesgo para todo el que quiera subir. Se conservan diversas galerías abovedadas y un lienzo en el que se abre una pequeña puerta y que se prolonga cogiendo las esquinas al ras del precipicio, con una arpillera en una de

ellas enmarcada en un saliente semicilíndrico de acabada factura. La muralla, que arranca del castillo y que se conserva en distintas partes del pueblo, se hace más visible en los lugares más cercanos al peñón, ya que allí no existen edificaciones dado lo abrupto del terreno.

A unos trescientos metros al oeste del castillo se encuentra el llamado «Monolito de Santa Engracia», erigido, según reza la leyenda que se halla en él escrita, por la comunidad de Herederos de las Reales Salinas a Miguel Cayetano Soler en tiempo de Carlos IV.

Y a unos trescientos metros más lejos al oeste también, en la ladera, se encuentra lo que algunos llaman la «nevera». Se trata de un enorme pozo de unos diez metros de diámetro y cinco de profundidad, a ras de suelo, sin pretil, seguramente porque el tiempo lo derribó, con el consiguiente peligro para personas y animales. Sus paredes son de bloques de piedra labrada, quedando una mitad contra la tierra y la otra casi exenta. Realmente se desconoce la finalidad de este pozo. El hecho de llamarlo «nevera» se debe a una hipotética explicación de su existencia y finalidad, que dice que este pozo se llenaba de nieve en el invierno y se conservaba apelmazada durante largo tiempo sirviendo de frigorífico para los habitantes del castillo.

E) Más relacionadas con la vida cotidiana son otras edificaciones campesinas. Así, las majadas y apriscos en el campo y las casetas de refugio. En el Portillo de Poza, por donde el páramo entra al gran circo que precede al pueblo, hallamos unas majadas solitarias y, en algún otro lugar, corrales de cerca bastante alta con una caseta para el pastor, corrales en que se guardaban los rebaños en las noches de verano. Igualmente pueden encontrarse casetas de refugio en cualquier parte del campo (65), construidas totalmente o aprovechando alguna roca fija, cubiertas de césped y tierra sobre varas.

F) Todo este conjunto de edificaciones complementarias dice una relación más o menos inmediata con la vivienda. Por eso las hemos mencionado aquí.

Recordando la forma de vida de los pueblos puede notarse que los edificios públicos, religiosos o de la administración, tienen un cariz personalista, son más «propios» de cada habitante que en la ciudad donde predomina la visión de su mero funcionalismo o fin burocrático haciéndolos más impersonales. Otros, como los castrenses, consiguen del hombre del pueblo un aprecio enorme y un respeto casi religioso. Son de los tiempos pasados, de hace cientos de años. Y esta idea pesa mucho en su conciencia

(65) Sobre casetas de refugio, cf. C. FLORES, o. c., p. 442-443 y 474-475.

sencilla. Y los edificios campestres son una continuación de la vivienda y en ellos el hombre de estos campos ha sufrido y soñado quizás tanto como en su propia casa.

VI. — PAISAJE HUMANO

A) *Lo demográfico*

Poza se encuentra, como ya sabemos, entre el páramo y La Bureba. En ésta se ha dado la emigración pero no se ha llegado al despoblamiento a que han llegado los pueblos de la zona del páramo. En el término de Poza, por la parte del páramo, linda el partido de Briviesca con los partidos de Sedano y Villarcayo. El mojón que divide los tres partidos lo hace dividiendo al mismo tiempo los términos de Poza por el partido de Briviesca, de Villalta por el de Villarcayo y de Quintanaloma por el de Sedano. Pues bien, Villalta hace años que quedó totalmente abandonado y Quintanaloma también ha pasado el invierno del 78 al 79 sin habitante alguno, aunque al llegar la primavera hayan vuelto algunos a vivir allí. En las proximidades hay asimismo otros igualmente abandonados o semiabandonados y en vías de extinción.

Estos pueblos abandonados ofrecen un espectáculo deprimente: fincas «holgadas», cercas semiderruidas, puertas cerradas, casas caídas en las que a veces alguien entró a saco a llevar no sé qué preciosidades, calles cubiertas de malezas, zarzas y ortigas, iglesias convertidas en almacén o garaje ocasional o simple guarida de alimañas, en las que vuelan los murciélagos entre sus columnas, capiteles y nervios, por donde un día subieron las volutas del humo del incienso, haciendo sonar aquéllos sus chillidos molestos y lóbregos por las bóvedas en que resonaron las voces de un gregoriano de pueblo, todo lo adulterado que se quiera, pero tan sabroso, tan festivo...

Poza era demasiado grande para llegar al despoblamiento total. Ya indicamos que en sus buenos tiempos llegó hasta los 3.000 habitantes. Sin embargo, también ha sufrido las dentelladas y el zarpazo de la inevitable emigración. Al irse abandonando las salinas ha ido faltando un medio de vida, lo cual ha provocado la salida de sus habitantes. El campo no fue nunca un gran recurso y en los últimos años ha vivido los mismos condicionamientos que en otros lugares propiciaron igualmente la emigración.

Damos a continuación unos datos demográficos del Instituto Nacional de Estadística, a través de los cuales puede verse el progresivo e ininterrumpido descenso del número de los habitantes de Poza.

Año	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	
Habit.	1952	1827	1625	1551	1415	1318	1039	
Año	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977
Habit.	742	731	722	701	689	572	570	550

Como puede apreciarse, los habitantes de Poza son hoy, más o menos, la cuarta parte que a comienzos de siglo. De éstos puede decirse que el 90 % pertenecen al sector primario. La mayoría son campesinos o pequeños ganaderos, muchos de ellos ya ancianos pensionados. Un corto número ejercen profesiones liberales: profesores del grupo escolar, médico, farmacia, etc. Algunos se dedican al comercio con tiendas nunca ambiciosas y algún bar o cantina que a veces es también tienda de ultramarinos. Si añadimos el cuartel de la Guardia Civil y un par de representaciones bancarias de las Cajas de Ahorro de la provincia queda completa la descripción de las dedicaciones actuales de los habitantes de Poza de la Sal.

A) *El talante de sus gentes*

Mas las cifras son frías y la estadística no es lo suficientemente evocadora. ¿Quién había de decir en momentos aún poco lejanos que en unos lugares donde faltaba sitio para todo iba a llegar un día en que sobrara tanto? Faltaba sitio en las escuelas, faltaba sitio en las cantinas, faltaba sitio en la iglesia, faltaban viviendas para los matrimonios nuevos. Entonces Poza, como cada pueblo, tenía una idiosincrasia propia. Ahora a muchos pueblos los une esa especie de nostalgia de un tiempo en que vivieron, en que fueron lo que tenían que ser, una especie de decaimiento por este abandono, por esta soledad que se palpa en mayor o menor medida. Este decaimiento en nuestro pueblo queda un tanto difuminado merced al talante especial de sus gentes.

La cordialidad que se encuentra a veces en los pueblos llega a ser en Poza algo de excepción. Decimos esto porque, si en los pueblos de Castilla el corazón no se ve a flor de piel por cierta adustez que lo recubre un tanto, Poza es punto y aparte. Aquí parece que la sal de sus salinas ha sazonado de modo especial a sus habitantes. Lo pintoresco de su topografía y el tipismo de su poblado queda completado por la idiosincrasia del elemento humano que aquí vive.

Los salineros, sobre todo tras ciertas épocas de decadencia en que las salinas habían de ser renovadas, fueron de algún modo mineros que tuvieron un garbo y una garra, una clase y hasta una ética especiales. Junto a los salineros, los arrieros presentan un tipo humano del mayor interés. Espontáneos, aguerridos, atrevidos y descarados llevaron por Burgos y provincias adyacentes, juntamente con la sal de Poza, su casticismo y gracejo, su «pozanía», en fin, ya que no hay palabra que lo defina.

Hubo otros oficios, herreros, caldereros, curtidores, pero ninguno merece un recuerdo tan especial como el gremio de los músicos, de los que hoy todavía es pródiga esta villa (66). Hasta hace bien poco los músicos de Poza alegraron los bailes y las procesiones de las fiestas de cantidad de pueblos en la comarca. «Han llegado ya los 'gaiteros' de Poza» era la consabida frase que anunciaba el comienzo de las fiestas. Luego se diría de ellos lo que se dijera, pero al año siguiente se iba de nuevo a Poza a contratar los músicos para la fiesta.

Pero no iban sólo los músicos a la fiesta. Iban también los pobres, los pobres «pordioseros». Hay que admitir que Poza daba también para pobres. En los tiempos en que Poza era Poza había demasiada gente y no había jornales para todos. No es extraño que hubiera también escaseces. Y hasta cien pobres iban de Poza a algún pueblo el día de la fiesta y, poniéndose a ambos lados de la salida de la iglesia, pregonaban al vecindario al acabar la misa su presencia y su deseo de tener alguna parte en la comida de la fiesta.

En otras condiciones salían también de nuestra villa caldereros y componedores, que iban buscando su pan de pueblo en pueblo. Arreglaban todo lo que fuera necesario. Con un taladro agujereaban pacientemente el botijo roto o la olla resquebrajada para colocarles sus grapas o galápagos y repiqueteaban la sartén anunciando su presencia sacando una canción del cobre o del latón. Estos y otros que pudieran ir también con unas fanegas de sal vendiendo por los pueblos, en los últimos tiempos en que la sal ya no era lo que fue para Poza, tenían a veces que pasar malos ratos en el páramo acaso nevado. No faltó quien muriera de frío por haberse perdido una noche en las nieves del páramo. Hace tiempo y aún se le recuerda con cariño.

Pero estas y otras contrariedades nunca quitaron el buen humor general de los pozanos. Salineros, arrieros, músicos... Cada uno de estos gru-

(66) Algunos detalles sobre éstos y otros aspectos festivos de Poza de la Sal pueden verse en F. MARTÍNEZ ARCHAGA, *Poza en fiestas. Su presente y su pasado*: «Diario de Burgos», 26-IX-1973, que nosotros hemos utilizado para estas páginas.

pos habría sido bastante para dar a cualquier pueblo un alma, unas costumbres y una fisonomía del todo particulares. Todos juntos hicieron del pozano un pueblo optimista, campechano y divertido, despenado y burlón, socarrón y chancero, extravertido, duro y cariñoso, amigo de la dádiva y parlanchín, carnavalero y devoto de la chuleta asada y del tintillo, amigo amigable y enemigo malo (67): un tipo, en fin, que sólo entrando en contacto con él puede conocerse, cuya descripción es siempre pobre.

A lo largo de su historia cualquier acontecimiento era bueno para el jolgorio y la alegría. Hay datos de que a principios del s. XVI funcionaba en Poza normalmente un grupo de danzas y que éstas solían actuar de modo especial en la festividad del Corpus y en las de sus patronos San Cosme y San Damián. Para celebrar una fiesta por todo lo alto era buena y normal ocasión, además de las fechas señaladas del calendario civil y eclesiástico, los grandes acontecimientos nacionales, las bodas de los reyes, el nacimiento de sus hijos, el cumpleaños del monarca, como era frecuente en todo el país. Aparte de los acontecimientos nacionales había otros de carácter local que hacían vibrar a nuestras gentes. Y ni qué decir tiene que, al lado de los acontecimientos de trascendencia nacional o local, había ciertas fiestas del año cristiano o de su vida familiar que se celebraban a su manera con danzas y canciones propias y que nos hablan bien claramente de la inspiración y originalidad de Poza y los pozanos.

Ahí está la bellísima jota a la Virgen de Pedrajas, de letra y música pozanas:

«A la orilla del Omino
tengo mis amores, madre,
y a la Virgen de Pedrajas
le pido que me los guarde».

Ahí está la danza del «Escarrete» para la fiesta de San Blas. Ahí están también las danzas de boda con coplas como la que reza:

«Consejitos de boda
vamos a darte,
vamos a darte,
para que tengas tino
cuando te cases,
cuando te cases...
cuando te cases»...

(67) Cf. V. DE LA CRUZ, *Burgos, Guía completa de las tierras del Cid*, Burgos 1973, p. 216.

Ahí está el tipismo del día de San Isidro también con sus bailes (68). Ahí están tantos otros días con su sabor y su color peculiares.

Todos estos bailes, danzas y coplas se hacen aquí con especial perfección y arte, teniendo en cuenta las especiales aptitudes para la música y baile y los maestros de calidad con que cuentan. Ya hemos aludido a los músicos. Hasta hace poco fue normal que hubiera varias orquestas salidas de la academia de solfeo e instrumentación que aquí venía funcionando desde mucho tiempo atrás. Y también hay muchos pozanos que, sin haber pasado por la academia, están dispuestos a tomar un instrumento e improvisar una pieza con salero.

En fin, que en Poza se canta y se baila con arte y con garbo como algo que los pozanos llevan en la sangre y tienen por tradición. Pero esto del baile y cosas similares es sólo parte de su peculiar estilo. El pozano es adelantado en juerga, pero lo es también en hospitalidad. ¡Ay del que desprecie un trago de la bota que un pozano o pozana le ofrezca! Merecería también una mención especial el ambiente de las ferias que, si en cualquier lugar ofrecen un cariz de tunantería y picaresca, aquí logran situaciones que pueden ir desde la broma hasta la rechifla y llegar acaso a momentos molestos. Pero hay que saber que se está en Poza para apreciar todo en su justa medida y no tomar las cosas por la tremenda. Otro tanto hay que decir de los carnavales, que concentraron gentes de los alrededores y lograron los colores más divertidos.

El pozano no se molesta fácilmente. Y, si vas a Poza, no preguntes nunca por un nombre que pudo ponerse en la pila de bautismo o en el registro civil. Esos nombres apenas cuentan más que para el carné de identidad. Para la vida de todos los días valen el «Cebolla», la «Ancha», el «Caracol» o «Coliflor» y apodos similares. Y esto no es que lo digan los demás. El «Cebolla» mismo dirá que él es el «Cebolla». No hay pozano que no tenga un mote y no falta quien llegaría a estamparlo como firma sin inconveniente alguno.

En fin que Poza es Poza de la Sal en sentido real y metafórico y es un pueblo que merece conocerse no sólo en el apiñamiento entrañable de sus casas o en el entorno pintoresco de sus salinas, sino también en el amable atractivo del talante de sus gentes.

(68) Sobre las danzas de Poza de la Sal, cf. J. DEL RÍO VELASCO, *Danzas típicas burgalesas. (Tradiciones y costumbres)*, Burgos 1959, p. 93-100.

CONCLUSIÓN

Se ha dicho que las ciudades son un archivo de la historia (69). Los pueblos, quizás en menor medida, también lo son. A través de ellos puede verse de algún modo el acontecer de sus hombres, la historia pequeña de la vida del quehacer cotidiano. Las casas de Poza nos hablan de esa vida y lo hacen entroncadas perfectamente en el entorno en que esa vida se desarrolló. Son un elemento más del paisaje en toda su integridad sin ruptura alguna con él. El pueblo consigue una perfecta comunión con la tierra sobre la que se asienta y de la que ha salido.

Nos envuelve la tristeza de cierta llamémosla decadencia de nuestro pueblo, pero nos compensa el ver que sus casas nunca consideraron al hombre como una herramienta a utilizar. Este pueblo, con sus deficiencias e incomodidades, resultó un lugar de «habitar hombres», con todo lo que esto lleva consigo. Que habitar no es sólo dormir, como a veces parece en nuestras ciudades, sino toda la compleja gama de circunstancias que el vivir como hombres abarca, desde el amor hasta el dolor y la enfermedad, desde la risa hasta el llanto, desde la plegaria hasta la diversión, desde el silencio hasta el bullicio, desde el trabajo hasta el descanso, desde el nacer hasta el morir...

M.^a Boni PUENTE SANTIDRIAN

(69) Cf. F. CHUECA GOTTIA, *Breve historia del urbanismo*, Madrid 1970. Titula el segundo capítulo: *La ciudad archivo de la historia*.